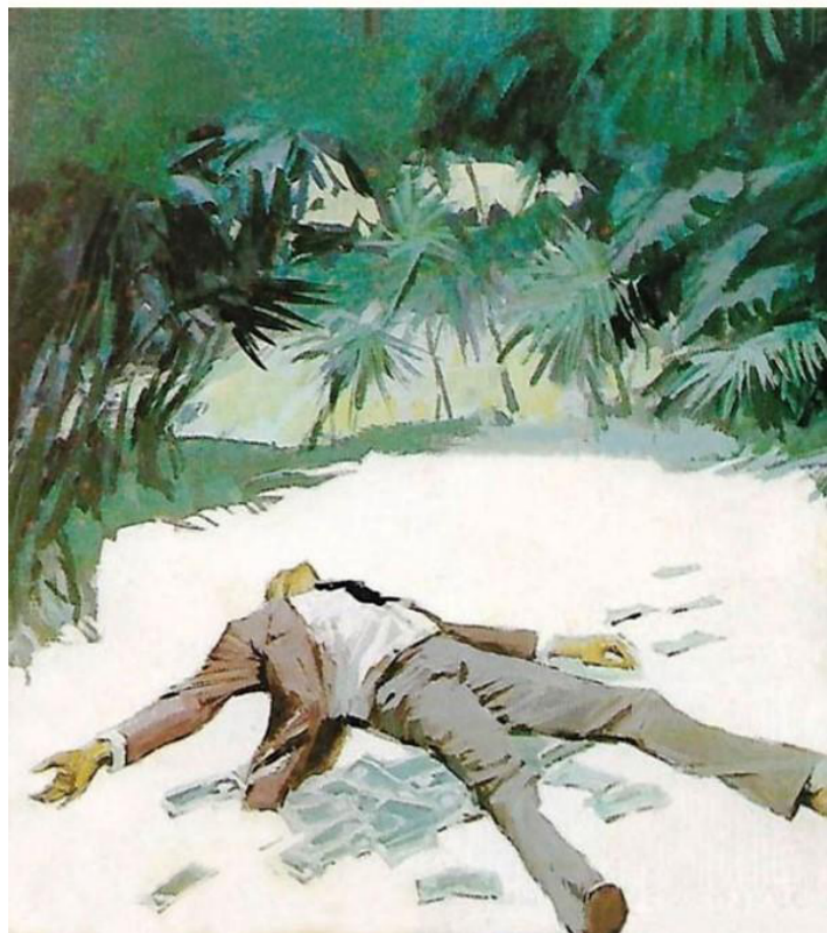


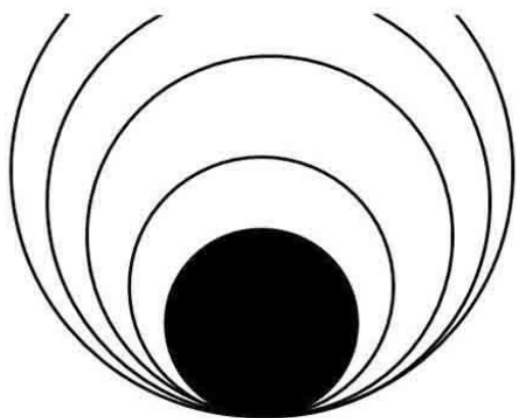
BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

EL PECADO DEL SEÑOR WINTERS

Adam Surray





PUNTO ROJO



ADAM SURRAY

EL PECADO DEL SEÑOR WINTERS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.076
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 33.327 - 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1982

1ª edición en América: junio, 1983

© Adam Surray - 1982

texto

© Desilo - 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) - Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

Los ojos de Spencer Winters contenían difícilmente las lágrimas. Hizo una mueca. Estaba emocionado. Muy emocionado. Máxime después de oír las palabras de Ralph Logan, el jefe de personal.

El bueno de Logan...

Spencer Winters se pasó el dorso de la mano bajo la nariz. Las entrelazadas arrugas de su ajado rostro se acentuaron. Empequeñeció los ojos a la vez que inclinaba la cabeza. Como avergonzado.

Había juzgado mal a Ralph Logan. Su jefe de personal en el almacén de la Sydow Company. Su jefe durante los últimos diez años. Winters siempre le había considerado un mal bicho. Un bastardo. Un hijo de mala madre que disfrutaba haciendo la vida imposible a los trabajadores.

Y ahora...

Allí estaba Ralph Logan. En la improvisada tarima. Con su pico de oro.

—Llevo unos diez años en la empresa. Diez años honrado de trabajar para la Sydow Company. Dudo que pueda alcanzar el récord, el envidiable récord, de nuestro amigo y compañero Spencer Winters. Hoy nos deja. Abandona la Sydow Company. ¡Nosotros no olvidaremos a Spencer! Tampoco él olvidará la Sydow Company. Jamás olvidará sus cincuenta años de fiel servicio.

Spencer Winters movió instintivamente la cabeza.

Cierto.

Jamás olvidaría la Sydow Company. Entró siendo un chiquillo. Por unos míseros centavos trabajaba doce y catorce horas. Descargando los camiones. Cincuenta años... Y ahora, ya convertido en un anciano, le seguían pagando un sueldo miserable y continuaba en el almacén de carga y descarga.

—Spencer tuvo el honor de conocer a John Sydow, fundador de

la compañía —prosiguió Logan, con mucho énfasis—. Eran tiempos duros. La Sydow Company iniciaba su andadura. Hoy, Brock Sydow, es el conductor de la nave. ¡Una nave que llega a todos los puertos!

Donald Macón, jefe de almacén, inició los aplausos de inmediato coreados por los allí reunidos. Se escucharon algunos vítores dedicados a Brock Sydow.

Ralph Logan alzó los brazos para imponer silencio.

—Ya no más palabras. Hoy despedimos a un compañero. A Spencer Winters. Un hombre que ha dedicado cincuenta años de su vida al servicio de la Sydow Company. Spencer, viejo amigo... Acércate.

Winters arrugó la nariz.

Aquel maldito Logan se estaba pasando de rosca. Demasiado sentimental. Terminaría por hacerle llorar.

Spencer Winters avanzó por el pasillo formado por sus compañeros de almacén. Recibiendo palmadas en la espalda y palabras de felicitación. Llegó al entarimado donde se situaba Ralph Logan.

—El señor Sydow, el mismísimo Brock Sydow, te hará entrega del obsequio. Un pequeño obsequio, Spencer; aunque nos consta que tú no lo necesitas. Tú jamás olvidarás a la Sydow Company.

Sí.

Allí estaba Brock Sydow.

El inaccesible y todopoderoso Brock Sydow que se había dignado a descender al hangar del almacén. Con su elegante vestimenta. Su rostro de duras facciones. Sus hundidos ojos coronados por pobladas cejas. Tenía un estuche entre sus manos. Lo tendió hasta el emocionado Winters.

—Gracias por su dedicación a nosotros, Winters.

Las sarmentosas manos de Spencer Winters tomaron el estuche. Unas manos que temblaron visiblemente. Imaginaba el contenido del estuche. Una medalla. Una medalla de oro. Empezó a calcular cuánto le daría el usurero de Lewis por ella.

Ralph Logan se aproximó rodeando los hombros del anciano.

—¡Adelante, Spencer! ¿No quieres ver el contenido?

Winters asintió sonriendo como un niño. Manipuló nerviosamente en el estuche hasta dar con el cierre. Lo abrió. Y la sonrisa se fue borrando paulatinamente del rugoso rostro. Parpadeó

para acto seguido empequeñecer los ojos.

—¿Qué..., qué es esto?

Ralph Logan rió en divertida carcajada.

—¿Acaso no lo ves, Spencer? ¡Un reloj! ¡Un magnífico reloj!

Winters fijó los ojos.

Sí.

Aquello parecía un reloj.

—¡Algo revolucionario, Spencer! Señala el año, el mes, el día, la hora, los segundos, la hora en Europa, tiene despertador, es antichoque, sumergible... ¡Lo que tú necesitabas!

¿Necesitar un reloj? Aquello tenía gracia. Spencer Winters, en sus cincuenta años de trabajar para la Sydow Company, jamás llegó tarde. Siempre fichaba a la hora exacta. Sin llevar jamás un reloj en su poder. Y ahora que dejaba de trabajar le...

—Bueno, Spencer. Felicidades —dijo Logan, palmeando la espalda del anciano—. Visítanos alguna vez.

Brock Sydow abandonó el entablado encaminándose hacia la salida. Servilmente escoltado por Donald Macón y Ralph Logan.

Spencer Winters quedó inmóvil. Con el reloj entre sus manos. Sin reaccionar. Algunos compañeros se le aproximaron.

—¿Me permites, Spencer? —Un individuo atrapó el reloj para examinarlo—. Felicidades... Es un Cronyx made in Hong Kong. Mi chico se compró uno la semana pasada. Creo que le costó unos tres o cuatro dólares. Funcionan bien. Los japoneses son unos artistas.

—Ha sido una cabronada —murmuró otro de los trabajadores—. A Clint White le soltaron una medalla de oro. Y se jubiló después de llevar tan sólo doce años en la Sydow Company.

—White era uno de los jefes. Para nosotros, vulgares peones, un reloj de cinco dólares.

—Son unos hijos de perra. Yo no aguantaré tanto tiempo, pero si me llegan con un reloj de ésos...

—Apuesto que fue idea de Logan. Nos odia a todos. Es un cornudo. Su mujer se la pega hasta con el limpiachimeneas. Y entonces descarga su ira sobre nosotros. Recuerdo que...

Se fueron incrementando las protestas y comentarios.

Spencer Winters había ido retrocediendo. Alejándose de sus compañeros. Ninguno se percató de la silenciosa y lenta salida del anciano.

Abandonó el hangar.

Por unos instantes permaneció inmóvil en la explanada. Al fondo se alineaban los pesados camiones. Parte de la flota de trailers de la Sydow Company. A la izquierda de los pabellones, el lujoso edificio destinado a administración. La sede central de la Sydow Company.

Winters volvió a sentir deseos de llorar, pero ahora por muy diferente motivo. Cincuenta años. Cincuenta años de trabajo ingrato sólo podía ser recompensado con una ingratitud más.

Encaminó sus pasos hacia el edificio.

No era habitual que los trabajadores de almacén, empaquetado o conductores, con sus clásicos uniformes grises, se entremezclaran con el personal de oficinas y administración.

Spencer Winters conocía bien el edificio. En cincuenta años hay tiempo más que suficiente para ello. En más de una ocasión le habían ordenado limpiar aquel bloque. Junto con otros compañeros. Cargar, descargar, limpiar, barrer... Todo ello por un miserable sueldo.

El edificio de la Sydow Company era un moderno bloque con lujosos anexos. El negocio había ido prosperando con los años. El único en no prosperar había sido Spencer Winters. No consiguió ahorrar jamás. El sueldo estaba siempre gastado de antemano. Primero fue para ayudar a su madre y a sus tres hermanos, más pequeños que él. Trabajando como una bestia, consiguió un digno entierro a su madre. En un bello ataúd forrado en terciopelo rojo. El deseo de la vieja. También proporcionó estudios a sus hermanos. Éstos se establecieron. En muy buena situación. Lejos de Dallas. Y se olvidaron de Spencer Winters.

Al igual que Winters se olvidó de vivir. Cuando quiso reaccionar, ya era demasiado tarde. Fue a los treinta años. Cuando se enamoró de Judith. Sólo podía ofrecerle amor y unas manos fuertes para trabajar y sacar adelante el futuro hogar. Judith le respondió con una sonora carcajada que aún martilleaba en los oídos de Spencer Winters.

Se resignó.

Continuó su trabajar en la Sydow Company. Consiguió adquirir en cómodos plazos un pequeño apartamento en Ross Street. Vivía solo, aunque rodeado de amigos. Todo Barrio Wise apreciaba a

Winters. Y con razón. Spencer Winters siempre estaba dispuesto a socorrer al prójimo. No con consejos, sino en efectivo. De ahí que, ya en su jubilación forzosa, los ahorros no alcanzaban la suma de los cien dólares.

Recorrió los alfombrados pasillos del bloque principal. Dotado de aire acondicionado. Con música ambiental. Llegó ante la zona privada del edificio. Los despachos de los altos ejecutivos. El cuartel general del todopoderoso Brock Sydow. No había nadie en la antesala. Ninguna de las eficientes secretarias.

Spencer Winters se detuvo frente a la puerta.

Una hoja de madera noble artísticamente tallada. Allí figuraba, en letras de oro, el nombre de Brock Sydow. El pomo parecía también de oro.

El anciano tragó saliva.

Estaba decidido. Entraría allí y escupiría a Brock Sydow todo lo que pensaba de él y de su maldita compañía de transportes.

Los nudillos de Winters golpearon en la madera.

Escuchó la autorización a entrar.

Spencer Winters volvió a tragar saliva mientras que una mueca incrementaba los surcos de su rostro. Giró el pomo adentrándose en la estancia.

El despacho de Brock Sydow.

También conocido para Winters.

Una amplia estancia dotada de severo y lujoso mobiliario. La mesa escritorio, con los dibujos en relieve, era una auténtica obra de arte. El sillón giratorio semejaba a un trono. Valiosos cuadros en las paredes. El mueble biblioteca, con original bar, adornado con profusión de figuras de fina porcelana.

Brock Sydow estaba tras la mesa escritorio, manipulando en una cartera de mano de negra piel. En cada uno de los compartimientos procedía a introducir fajos de billetes de mil dólares.

Alzó la cabeza posando una interrogadora mirada en Winters.

—¿Qué quiere?

El anciano carraspeó.

—Soy..., soy Sidney Winters... Hace unos minutos me hizo entrega de un reloj... Una recompensa a mis cincuenta años de trabajo en la Sydow Company.

—Ah, sí... Ya me parecía recordar su cara... ¿Y bien? —Sydow

continuó colocando billetes de mil dólares en la cartera—. ¿Qué se le ofrece? Soy un hombre muy ocupado.

—Se trata del reloj... Yo..., yo... no esperaba...

—Tranquilo. No tiene importancia. Me gusta que mis empleados queden contentos y con un grato recuerdo de su paso por mi compañía.

—Yo no estoy contento, señor Sydow.

Brock Sydow dejó de introducir billetes en la cartera. Volvió a levantar la mirada posando los ojos en el anciano.

—¿Cómo dice?

—Esperaba..., esperaba una recompensa en metálico. O una medalla de oro. Tengo varios amigos que me esperan en un bar próximo a mi domicilio. Les prometí una gran juerga. Yo..., yo contaba con una gratificación en efectivo. Sólo he recibido el sobre con mi sueldo y..., y el reloj.

Brock Sydow parpadeó.

Perplejo.

Su sorpresa fue fugaz. Reaccionó dedicando al anciano una despectiva mirada.

—Lamentablemente ya no trabaja para mí, Wilson.

—Winters, señor.

Sydow sonrió.

—Sí..., eso es. Hoy ha causado baja. La Sydow Company cuenta con cerca de un millar de empleados. En la sede central de Dallas y en las delegaciones de Nuevo México, Arizona y California. Muy pocos empleados son dignos de que yo me moleste en perder un solo minuto de mi tiempo. Hoy le he dedicado muchos, Winters. En esa estúpida ceremonia de la entrega del reloj. Un obsequio que usted se atreve a despreciar.

—Yo no...

—Ha causado baja, Winters. De ahí que ya no pueda despedirle. Lo haría de buen grado. ¡Lárguese!

—No era mi intención...

—¡Fuera!

—Sí..., sí, señor...

Spencer Winters retrocedió a la vez que realizaba profundas reverencias. Al llegar junto a la puerta, la abrió, abandonando precipitadamente la estancia.

Brock Sydow le dedicó un florido repertorio de maldiciones. Terminó de depositar los fajos de billetes en la cartera. La cerró, acudiendo con ella hacia el mueble biblioteca. Al pulsar un oculto resorte, se descubrió un doble fondo en el mueble. Una caja fuerte de sofisticada combinación.

Sydow tecleó en el complicado panel hasta abrir la caja fuerte. Introdujo la cartera sacando otra de igual tamaño y color.

Retomó a la mesa escritorio.

No llegó a sentarse en el trono. Depositó la cartera sobre la mesa girando hacia su izquierda. Dirigiendo los pasos hacia una puerta situada al fondo del amplio despacho. Una puerta que comunicaba con el lujoso gabinete de aseo.

Y en el mismo instante en que Brock Sydow desaparecía tras aquella puerta, se abría la hoja de madera de acceso al despacho.

Asomó el sarmentoso rostro de Winters.

—Señor Sydow..., disculpe si...

Spencer Winters enmudeció al encontrarse con el despacho vacío. Se adentró con lento y tímido paso. Su mano izquierda sostenía el reloj. Había vuelto para proponer al señor Sydow un trato. Entregarle el reloj y recibir cinco dólares. Le haría mejor juego cinco dólares que aquel maldito reloj.

—Señor Sydow...

La tenue voz del anciano no recibió respuesta.

Cuando se disponía a retirarse, sus ojos quedaron fijos en la cartera depositada sobre la mesa escritorio. La mente de Winters rememoró los fajos de billetes de mil dólares allí introducidos por Sydow. Y también recordó, en vertiginosa sucesión de imágenes, las humillaciones padecidas en aquellos cincuenta años de trabajo para la Sydow Company.

Todo fue muy rápido.

Winters no lo pensó.

Guardó el reloj en el ancho bolsillo mientras que su zurda hacía bajar la cremallera de la chaqueta gris. Se precipitó hacia la mesa atrapando la cartera de negra piel que introdujo bajo la chaqueta. Volvió a subir la cremallera y abandonó el despacho.

Todo en fracción de segundos.

Para Spencer Winters empezaba una nueva vida.

Sólo que muy distinta a la que él imaginaba.

CAPÍTULO II

Fue en el bar de Gary Salkow. En Ross Street. En el Barrio Wise. Una de las zonas menos afortunadas de Dallas, aunque habitada por gente sencilla, trabajadora y alegre. Allí fue la gran juerga. Se vaciaron barriles de cerveza y las botellas de *whisky* iban de mesa en mesa.

—¡Larga vida para el viejo Spencer!

La exclamación fue ampliamente coreada.

—¡Que hable Spencer! ¡Que hable!

También la sugerencia fue recibida con entusiasmo. Todos los presentes en el local vociferaron alborozados. Algunos de ellos auparon al anciano a una silla.

Spencer Winters sonrió alzando los brazos.

Cuando se disponía a hablar, soltó un eructo que le hizo carraspear. Se atizó un largo trago de *whisky*.

—¡Amigos! Éste es un gran día. El hombre, como bestia humana que es, llega a un momento en que ya no sirve para nada. Ya no puede ser utilizado como burro de carga. Ya no tiene fuerza. ¿Qué se le hace entonces? ¡Se le jubila! ¡Se le arrincona para que no estorbe y se pudra!

—¡Que se pudra mi mujer! —exclamó Harrison, en un arranque de *whisky* que más tarde, al llegar a su casa, lamentaría con creces —. ¡Viva Spencer!

Winters volvió a levantar los brazos. La botella de *whisky* en su diestra era agitada como una bandera.

—¡Yo no pienso pudrirme, amigos! Durante cincuenta años he trabajado muy duro. Sin descanso. Soñando con la recompensa final. ¡Y he recibido esa gran recompensa! La Sydow Company, consciente de mis años de plena y entusiasta dedicación, se ha volcado en mi despedida. Una buena cantidad en metálico y un magnífico reloj. ¿Qué se celebra aquí? ¿Mi retiro? ¿Cincuenta años

de trabajar como bestia? ¡No, maldita sea! ¡Vamos a pulir el dinero entregado por la Sydow Company! ¡En *whisky* y cerveza! ¡Hasta reventar! El gran capital premiando a las humildes bestias... ¡Eso celebraremos, condenación!

Winters terminó el discurso con un nuevo erupción que de inmediato ahogó al aplicar el gollete a los labios. Fue ayudado a descender de la silla y conducido hacia el mostrador.

Gary Salkow tomó del brazo al anciano apartándole hasta un rincón.

—Tú sobre con la paga de la Sydow Company... —Te lo he entregado, ¿no?

—Sí, Spencer; pero ya está llegando a su fin. Todos beben como esponjas.

—Tranquilo, Gary. En casa tengo la gratificación extra de la Sydow Company. Lo que falte, te lo entrego mañana. Ya sabes que soy hombre de palabra.

—Por supuesto, Spencer. ¿Sigo entonces sirviendo bebidas?

—Lo dicho, Gary —rió Spencer—: ¡Hasta reventar!

Poco les faltó.

La fiesta se prolongó hasta avanzadas horas de la noche. Todo el que entraba en el local de Salkow era invitado por Spencer Winters. Éste deambulaba como si flotara en el interior de una nube. Con los ojos vidriosos. Sonriendo estúpidamente. Su pastosa voz resultaba en ocasiones incomprensible.

La fría brisa nocturna hizo parpadear a Winters. Sacudió repetidamente la cabeza.

—¡Eh! ¿Qué ocurre? ¡Yo quiero volver con los amigos! ¡Tenemos que celebrarlo! Son mis amigos y...

—Ya es suficiente, abuelo...

—¿Quién eres tú? ¿Quién eres...?

Pasaron junto a una de las farolas existentes en Ross Street.

Y los diminutos ojos de Spencer Winters se posaron fijamente en su acompañante. En el hombre que le ayudaba a caminar y mantener el equilibrio.

Un individuo joven. De unos treinta años de edad. De correctas facciones. Complexión atlética. Vestía chaqueta de piel sobre camisa polo y pantalón oscuro.

El anciano sonrió.

—Barry Wallach... ¿Eres tú, Barry? No te he visto en el bar... Vamos a tomar un *whisky*... Te invito a un *whisky*...

—En tu casa, abuelo. Allí también escondes una botella.

—¡Seguro! El *whisky* es un buen compañero. Jamás te pide nada... Tú tampoco, Barry. Tú siempre me has ayudado... Eres un buen tipo. ¿Cómo sigue tu mujer?

—Soy soltero, Spencer.

Winters rió en cascada carcajada.

—¡Infiernos! ¡Es cierto! Lo había olvidado... Sí, Barry... También eres un fulano inteligente. No te cases jamás, ¿me oyes? ¡Jamás!

El 771 de Ross Street. Un edificio de seis plantas. Antiguo. De gris fachada que acusaba el paso del tiempo.

Penetraron en la casa.

Percibiendo la humedad interior.

—¿Qué es de tu vida, Barry? ¿Cómo te van las cosas? Hace tiempo que no sé nada de ti... desde que dejaste Barrio Wise no...

—Cuidado, abuelo... Los escalones...

—Ah, sí... esta maldita escalera... ¿Sabes una cosa, Barry? También yo voy a dejar esta cloaca. Me compraré un bonito apartamento. En un edificio con ascensor. Un apartamento en la Lemmon Avenue. Mañana mismo me compro un apartamento en la Lemmon Avenue.

—Muy bien, Spencer.

—No me crees, ¿verdad? También pienso ayudarte. Sí, Barry... A ti. Te lo mereces. Estás empezando y necesitas ayuda.

—Me defiendo bastante bien.

—Tonterías. Unos miles de dólares nunca vienen mal. Así podrás adecentar tu cubil. Es importante para un detective privado presentar a los clientes un despacho bien montado. Y lo tuyo es una pocilga. No se hable más, Barry... Mañana te suelto unos cuantos miles.

—Gracias, abuelo.

—De nada. Me gusta ser generoso con los amigos.

—Dame la llave.

—¿La llave? ¿Qué llave? Ah, sí..., espera... —Winters comenzó a rebuscar por los bolsillos. Sin abandonar la placentera sonrisa de sus labios—. Aquí está... Maldita sea, Barry... Deja de moverte...

Barry Wallach sonrió atrapando el llavero.

—Es tu cabeza la que gira, abuelo. Mañana te encontrarás mejor.

—¿Mejor? ¡Jamás me he sentido tan bien como ahora! Eh, Barry... ¡Barry!

Wallach abrió la puerta del apartamento.

Volvió a sujetar al anciano.

—Aquí estoy, abuelo.

—Te voy a regalar un reloj... Un magnífico reloj..., uno de esos que lo señalan todo... Es una maravilla... ¿Dónde diablos he puesto el condenado reloj?

Barry Wallach conocía el apartamento. Lo había visitado con anterioridad. Poco había que conocer. Dos habitaciones, la cocina y el cuarto de baño.

Llevó al anciano hasta el dormitorio.

—La chaqueta, Spencer... Y ahora, acuéstate...

Winters obedeció dócilmente. Sin dejar de sonreír. Sin descender de su placentera nube.

—Sí, Barry... Lo que tú digas... Eres un buen tipo, ¿sabes? Te aprecio. Ya de pequeño me resultabas simpático... Tu padre, que en paz descanse, también era un buen fulano. Todos los de Barrio Wise...

—Sí, abuelo. Todo el mundo es bueno.

—Tampoco hay que exagerar, muchacho. Conozco a muchos hijos de perra. A muchos bastardos que...

Barry Wallach le despojó de los zapatos y el pantalón. Y a los pocos segundos, el anciano inició sonoros ronquidos.

Wallach le contempló risueño.

Presionó el interruptor de la pared, dejando la habitación en la oscuridad. Acto seguido abandonó el apartamento convencido de que Spencer Winters dormiría profundamente.

Se equivocó.

El cerrar de la puerta del apartamento coincidió con el respingar de Winters. Se incorporó, quedando sentado en el lecho.

—¡Barry! ¡Barry! ¡No veo nada! ¿Dónde estás, Barry? ¡Ayúdame!

Spencer Winters tanteó por la mesa de noche hasta dar con el interruptor de la lámpara allí depositada. Se iluminó parcialmente la estancia, retornando la sonrisa al anciano.

—Diablos... ya es de noche... Ya era noche en el local de Gary...

¡Eh, Barry! ¿Sigues ahí?

Winters se levantó tambaleante.

Se asomó al pasillo.

La oscuridad reinante en el apartamento le hizo comprender que Barry Wallach se había marchado.

—Buen chico, sí, señor... Mañana le soltaré unos miles de...

Spencer Winters enmudeció para, seguidamente, comenzar a reír. Retrocedió unos pasos. Dirigiéndose al destartelado armario que ocupaba casi una pared.

Lo abrió.

El mueble estaba dividió en tres compartimentos. En el de la izquierda, cuatro cajones y un altillo. Todo el armario repleto. Ropas, objetos, maletas, libros, revistas... Todo en completo desorden.

Winters se arrodilló en el suelo. Extrajo el último de los cajones. En su totalidad. A continuación introdujo la mano derecha por el hueco. Faltaba el tablero del fondo del armario. Sacó dos ladrillos. Y luego la cartera.

La cartera de negra piel.

Spencer Winters volvió a reír en cascada carcajada. Retomó al lecho. Bajo la luz de la lámpara de noche. No había tenido ocasión de acariciar los billetes de mil dólares. Al salir de la Sydow Company corrió a casa para esconder la cartera y luego ya se vio rodeado de amigos que esperaban la prometida juerga en el local de Salkow.

Las rugosas manos del anciano abrieron la cartera. Aún mantuvo la sonrisa en los labios. Durante unos instantes. Como si hubiera quedado paralizado. La fue borrando poco a poco mientras iniciaba un repetido parpadear.

Comenzó a sacar papeles y más papeles de la cartera.

Ningún billete de mil dólares.

Ni un solo dólar.

—¿Dónde... dónde están? Yo..., yo..., los vi...

Todo comenzó a girar para Spencer Winters. Sufrió un desmayo. Quedando sobre el lecho. Con la cartera entre las manos.

Una cartera que contenía dinamita.

CAPÍTULO III

Brock Sydow golpeó el puño derecho sobre la mesa. Sus ojos centellearon acentuando la crispación del rostro.

—¡Maldita sea, Nigel! ¡Estoy seguro! ¡Aquí! ¡Sobre la mesa!

—Puede que luego decidieras...

—¡Por todos los diablos! —interrumpió nuevamente el airado Sydow—. ¡Sé lo que me digo, Nigel! Alguien entró y se llevó la cartera. Yo me ausenté del despacho unos minutos. Fui al baño. Al regresar, la cartera ya no estaba. Aunque estoy plenamente convencido de que la deposité sobre la mesa, registré la caja fuerte y todo el despacho. Cuando llegaron los delegados, simulé que todo estaba en orden y celebramos la correspondiente reunión.

Nigel Williamson frisaba en los cuarenta años de edad. Rostro carnoso. Blando. Carente de energía. Sólo sus ojos, unos ojos fríos y acerados, acusaban carácter. Su aspecto era el de acomodado burgués. De ademanes pausados.

Todo resultaba engañoso en Nigel Williamson.

Era peor que las ratas de cloaca.

—Estamos en peligro, Brock.

Sydow deambulaba por el despacho como fiera enjaulada. Retomó junto a la mesa escritorio mesando nerviosamente los cabellos.

—¿En peligro? Tú conoces el contenido de esa cartera, Nigel. Nuestros itinerarios, los camiones, los enlaces, proveedores, fechas, nombres, datos, recaudación... Toda nuestra secreta organización al descubierto. Si los delegados llegan a sospechar la desaparición de semejante *dossier*... ¡se hubiera originado una desbandada general! ¡Todos a salvar la cabeza! ¡Eso es lo que tenemos que hacer nosotros, Nigel! ¡Desaparecer antes que el FBI venga por nosotros!

Williamson esbozó una sonrisa.

Tomó asiento en uno de los confortables sillones del despacho.

Extrajo la pitillera de oro encendiendo un aromático cigarrillo turco. Su aparente calma contrastaba con el nerviosismo de Sydown.

—Hace un par de horas, ¿no, Brock? Hace un par de horas desapareció la cartera.

—Sí. Procuré que mi reunión con los delegados fuera breve. Estaba demasiado nervioso y asustado.

—Ya me percaté de ello, aunque ignoraba las causas. Bien, Brock. Dos horas. Y el Federal Bureau of Investigation no se ha presentado. Eso significa que, quien se llevó la cartera no tiene intención de presentarla al FBI. Sin duda piensa someternos a chantaje. Eso nos proporciona una cierta tranquilidad.

—¿Tranquilidad? ¡Maldita sea, Nigel! ¡No puedo estar tranquilo! Es demasiado lo que arriesgamos. Toda la organización se puede derrumbar como un castillo de naipes. ¡Y nosotros bajo ella! ¡Hay que hacer algo, Nigel!

—Por supuesto, Brock. Yo te he ayudado a levantar el imperio. Una organización perfecta. Drogas, trata de blancas y apuestas clandestinas. Tres pilares que nos proporcionan fabulosos beneficios. Todo ello en la sombra. Camuflados bajo la Sydown Company. Nadie sospecha de nosotros. Disponemos de los mejores hombres. Todo perfecto, Brock. Y lo seguirá siendo. Vamos a actuar. Sin nerviosismo. Confía en mí. Yo siempre te he solucionado los problemas, ¿no es cierto?

Sydown se dejó caer en el sillón giratorio.

Forzó una sonrisa.

—Sí...

—Pensemos un poco, Brock. ¿Qué has hecho en la tarde de hoy? Quiero que me lo cuentes con detalle.

—¡Eso nada tiene que...!

—Tranquilo, Brock. Vamos a atar cabos. Cálmate o también yo terminaré por mandar todo al diablo.

Sydown asintió.

En repetido movimiento de cabeza.

—Permanecí en el despacho ultimando los informes y órdenes para los delegados. Alrededor de las cinco tenía programado ir a uno de los barracones de almacén. Para la entrega de un obsequio a un empleado que se jubila después de cincuenta años en la Sydown Company.

—¿Cincuenta años? —sonrió Nigel Williamson—. Eso es mucho tiempo. ¿Quién es ese empleado?

—Un viejo llamado Winters... Sí, eso es... Spencer Winters.

—Cincuenta años... Poco más o menos cuando entró en funcionamiento la Sydow Company. Tu padre con su pequeña flota de camiones. Un negocio poco rentable hasta que tú te hiciste cargo de la compañía. Heredaste una empresa plagada de deudas y embargos. Y ahora...

—Ahora con sucursales en todo Texas, Nuevo México, Arizona y California —sonrió también Sydow—. Reconozco tu valiosa ayuda, Nigel. Juntos lo hemos conseguido. Los dos somos ambiciosos. Y también inteligentes. Sabemos dónde está el dinero fácil y la forma de conseguirlo a gran escala. Sin reparar en medios.

—Correcto, Brock. Ésa es la clave del éxito. No reparar en nada. No retroceder jamás. Actuar de forma implacable.

—Ya lo hemos hecho en más de una ocasión, ¿no es cierto?

Los dos hombres rieron al unísono.

—Sigamos, Brock. ¿Qué hiciste después de tu bonito gesto con el empleado ejemplar?

—Regresé al despacho. En una cartera contabilicé la paga para la nueva remesa de Paul Bryne. Su heroína sigue siendo la más barata del mercado. Y Paul es un tipo de confianza. Los dos estamos contentos de nuestras relaciones comerciales.

—¿Alguna visita?

—No. Bueno... ese loco viejo. Spencer Winters. Se presentó en mi despacho. No estaba muy contento con el reloj de obsequio y me insinuó una gratificación en metálico. Le envié al infierno.

—¿Tus secretarias?

—Demasiado sabes que cuando espero a los delegados nadie queda en la antesala. Las secretarias ya habían salido y...

Brock Sydow se interrumpió.

Entornó los ojos.

—¿Ocurre algo, Brock?

—Estaba recordando... Gladys Parks...

—¿Quién es?

—Una de mis secretarias. Fue contratada hace un par de meses. Una mujer atractiva e inteligente. Apenas he cruzado unas palabras con ella. Es Janice quien dirige al equipo de secretarias. Gladys

Parks se ocupa de uno de los departamentos de contabilidad mecanizada.

—¿Y bien?

—Cuando descubrí la desaparición de la cartera, salí precipitadamente del despacho. Y en la antesala encontré a Gladys Parks. Había olvidado algo en su mesa de trabajo. Le pregunté si había visto salir a alguien de mi despacho y respondió negativamente.

—Muy interesante...

—¿Sospechas de ella, Nigel?

—No tenemos ningún otro candidato, Brock. Ella o ese tal Spencer Winters.

Sydow rió nerviosamente.

—¿Winters? ¿Ese pobre viejo? ¡Le expulsé del despacho! Y la cartera estaba en la caja fuerte. Descarta a ese viejo loco. Gladys Parks... Sí... Sólo ella pudo deambular por esta parte del edificio...

Nigel Williamson se incorporó del sillón.

Consultó el digital de su reloj de pulsera.

Voy a investigar un poco en la vida de Gladys Parks. Y tal vez decida visitarla esta misma noche.

CAPÍTULO IV

Gladys Parks respingó al oír el llamador de la puerta.

Desvió la mirada del televisor para fijarla en el reloj que adornaba una de las paredes del salón. Ya próximo a señalar las once de la noche.

Gladys se levantó del sofá anudando el lazo de la bata.

Acudió al *living*.

Por la mirilla de la puerta contempló al intempestivo visitante. Una mueca de sorpresa se reflejó en el rostro femenino.

Se trataba de Nigel Williamson. El vicepresidente de la Sydown Company.

Volvió a sonar el llamador.

Gladys giró hacia el espejo del *living*. Nerviosamente se ahuecó el cabello alisando la bata y componiendo el lazo ceñido a la cintura.

Abrió la puerta del apartamento.

—¿Señorita Parks? —inquirió Nigel Williamson, esbozando una sonrisa.

—Si...

—Soy Williamson, vicepresidente de...

—Le conozco, señor Williamson —interrumpió la mujer, correspondiendo a la sonrisa—. Le he visto en uno de los últimos Consejos de Administración.

—Ruego disculpe el presentarme a tan avanzada hora y sin previo aviso, pero la gravedad del caso lo requiere. ¿Me permite pasar?

—Oh, sí..., por supuesto.

Gladys se hizo a un lado.

Los labios femeninos forzaron una sonrisa.

—Tampoco yo estoy muy presentable para recibir visitas... estaba viendo la televisión y...

—Reitero mis disculpas, señorita Parks.

—Por aquí, por favor.

El reducido *living* comunicaba con el salón. Separado por una puerta vidriera de doble hoja.

La mujer acudió al televisor para desconectarlo.

—¿Vive sola, señorita Parks?

—Sí. Alquilé este apartamento al entrar a trabajar en la Sydow Company. Fue una gran suerte para mí el ingresar en una importante empresa. ¿Quiere beber algo, señor Williamson? Puedo ofrecerle *whisky*, *brandy*, ginebra...

—Un *brandy*.

Gladys se dirigió al carro-bar. Tomó una copa y la botella de Courvoisier. Al inclinarse se entreabrió la bata. Al igual que la negligé. Su única vestimenta. Los senos de la mujer, exuberantes y firmes, se mostraron con generosidad. Se percató de ello, aunque no hizo ademán alguno por evitarlo. Ignoraba los motivos que provocaban aquella sorprendente visita del vicepresidente de la Sydow Company, pero sacaría tajada de ello. Al menos lo intentaría.

Tendió la copa hacia Nigel Williamson.

Sonriente.

Fue entonces cuando reparó por primera vez en las manos de Williamson. Enguantadas. Unos finos guantes de negra piel que contrastaban con la elegante indumentaria de Nigel Williamson. Traje de excelente corte, camisa, corbata de seda con pasador de oro... Ciertamente desentonaban aquellos guantes. Máxime en una noche calurosa.

Williamson bebió un pequeño sorbo.

Retomó la copa a Gladys. Con los ojos fijos en la mujer. En intensa mirada. Una mirada que Gladys equivocó. Creyó que en los ojos del individuo se reflejaba el deseo, pero el brillo de aquellas pupilas significaba algo muy distinto.

—¿Quiere tomar asiento, señor Williamson? Estoy intrigada por el motivo de su visita.

—Vengo a recuperar la cartera.

—¿La cartera?

—Sí. La que se llevó hoy del despacho de Brock Sydow.

Gladys parpadeó.

—No..., no le comprendo...

Nigel Williamson sonrió.

Una sonrisa que no presagiaba nada bueno.

—Voy a poner las cartas sobre la mesa, señorita Parks. ¿O prefiere que la llame señora Cagney?

Una súbita palidez se apoderó de las facciones de Gladys.

Movió los labios repetidamente.

Balbuceando.

—Yo..., yo...

—Sí. Tú eres la señora Cagney. Sigues unida en matrimonio a Hal Cagney —dijo Williamson, tuteando a la mujer—. Y Cagney sigue en prisión. Cumpliendo sus cinco años de condena. Sentenciado por robo y chantaje. Has mentido en la ficha de solicitud que presentaste en la Sydow Company.

—Gladys Parks es mi nombre de soltera. Pienso divorciarme de Hal Cagney y por eso me...

—¿De veras? —interrumpió Williamson—. Entonces haces mal en enviarle periódicamente paquetes a la prisión. Paquetes y dinero.

—Hal necesita ayuda y...

—Comprendo. Y es algo que no me importa. Sólo me interesa la cartera que desapareció del despacho de Brock Sydow. Esta tarde. Una cartera de mano. De negra piel.

—No..., no sé de qué me habla...

—Todos somos tentados en alguna ocasión, Gladys. Te prometo que no habrá represalias. Incluso puedo hacerte un pequeño regalo, si me entregas la cartera. Su contenido no tiene valor para ti, pero sí encierra documentos importantes de la Sydow Company. Documentos privados, ¿comprendes? Cosas que el Fisco no debe saber.

—Yo... Le juro que no sé nada de esa cartera...

—Eres muy mentirosa, Gladys. Hal Cagney, tu esposo, está en prisión por robo y chantaje. Robo en las oficinas de la Shaw &

Lom de Houston. Y sometió a chantaje al joven Shaw. ¿Quién trabajaba en la

Shaw &

Lom? Tú, pequeña. Tú proporcionaste la información para que tu esposo realizara el robo y posteriormente el chantaje.

—No..., todo fue obra de Hal..., yo no...

El movimiento de Nigel Williamson fue rápido.

Súbito y violento.

Su zurda trazó un veloz semicírculo hacia el rostro de Gladys. Un brutal trallazo que hizo caer aparatosamente a la mujer.

Gladys sacudió la cabeza. Su rostro reflejaba más sorpresa que dolor. Contempló perpleja a Williamson.

—Estoy perdiendo la paciencia, Gladys. He sido informado sobre ti. Tengo un buen equipo de investigación que ha sacado a flote todos tus trapos sucios. Ya no necesitas fingir conmigo. Entrégame la cartera. Serás despedida de la Sydow Company, pero con una buena gratificación. Te lo prometo.

—Le juro que no...

Gladys no pudo seguir hablando.

Ahora fue la pierna derecha de Williamson. La puntera de su brillante zapato. Golpeando salvajemente el vientre de Gladys. La mujer se dobló en el suelo. Sin respiración. Boqueando una y otra vez, incapaz de articular sonido alguno.

Se escuchó un ruido.

Procedente del *living*.

—No te hagas ilusiones, nena —dijo Williamson, sacando una cajetilla de cigarrillos turcos—. No vienen en tu ayuda. Son dos colaboradores míos. Están forzando la puerta del apartamento. Les llevará poco tiempo. Son dos auténticos profesionales.

Gladys no comprendía nada de todo aquello.

Interrumpió sus gemidos al ver aparecer a los dos individuos.

Dos hombres jóvenes. Cortados por un mismo patrón. Melenudos. Rostro alargado. Con chaquetilla de piel y ceñidos pantalones vaqueros. Calzando botas de grueso tacón. Los dos individuos también protegían sus manos con guantes.

—¡Eh, Robin! —rió uno de los recién llegados—. ¡Tenemos *show*!

En efecto.

Gladys estaba ofreciendo un turbador espectáculo.

Tendida en el suelo. La bata abierta. Los esbeltos muslos al descubierto. El corto negligé mostraba el negro encaje del *slip*.

—Quiero presentarte a unos amigos, Gladys —dijo Nigel Williamson, exhalando una bocanada de humo—. Robín Leachman y Burt McPherson. Algo traviesos, pero buenos muchachos. Ya lo

comprobarás. Burt es especialista en buscar tesoros. Adelante, amigo Burt... Ya sabes lo que quiero. Una cartera de piel negra.

—La encontraré, señor Williamson. Si está aquí, la encontraré.

Burt McPherson abandonó el salón para introducirse en la primera de las habitaciones del corredor.

Williamson chasqueó la lengua.

—No eres inteligente, Gladys. Hubiera preferido llevar este asunto por las buenas. Ésa era mi intención. Ordené a Burt y Robín que esperaran diez minutos antes de subir. En ese tiempo esperaba haberte convencido, pero fracasé. Ahora será distinto. Tu turno, Robin.

Gladys gritó ante el avance del individuo.

Un grito que de inmediato quedó cortado.

Robin Leachman fue rápido. Saltó como un felino sobre la mujer. Posó la rodilla izquierda sobre el pecho femenino mientras que su mano derecha se cerraba alrededor del cuello de Gladys. Ahogando su grito.

—Sobre el sofá, Robin.

El individuo se dispuso a cumplir la orden de Williamson. El bracear y resistencia de Gladys fue interrumpido al recibir dos brutales bofetadas en el rostro. Dos trallazos consecutivos que aturdieron a la mujer.

Robin Leachman la arrastró hasta el sofá.

Arrebató el lazo de la bata procediendo a atar las manos de Gladys a la espalda.

—La cartera, Gladys —dijo Nigel Williamson, con pausada voz—. Aún estás a tiempo de evitar lo peor.

—No..., no la tengo..., le juro que no la tengo..., yo no...

Leachman no necesitó ninguna orden. Sabía cómo actuar. No era la primera vez que desempeñaba aquel trabajo. Su zurda sujetó el cuello de Gladys. Con la mano derecha desgarró la negligé. Hasta la cintura. Descubriendo los prominentes senos femeninos.

Su diestra presionó uno de los senos. Estrujándolo con fuerza. Tirando de él con sadismo. Brutalmente.

Los gritos de Gladys se tomaron en ahogado estertor. La mano que ceñía su garganta le impedía todo sonido. Una mueca de dolor desencajó el rostro de la mujer, mientras que gruesas lágrimas brotaban de sus ojos.

—¿Y bien? —inquirió Williamson, aproximándose—. ¿Recuerdas ya, Gladys?

Robín Leachman aflojó levemente la presión de su mano izquierda. Para que Gladys pudiera responder.

—No..., no sé nada de...

Los fríos ojos de Nigel Williamson acusaron un siniestro brillo. Un destello cruel que se acentuó al aproximar el cigarrillo al seno izquierdo de Gladys. Aplastó el ardiente extremo sobre el pezón.

La mueca de Gladys fue ahora indescriptible. Desorbitó los ojos. Agitándose convulsiva. Sus roncos estertores resultaron casi infrahumanos. Unos gritos que Leachman controlaba con dificultad. Apretando con más fuerza en la garganta de la mujer.

—¿Y ahora, nena? ¿Sigues negando?

Williamson volvió a aproximar el cigarrillo. Un nuevo cigarrillo turco. Una y otra vez. Con idéntico resultado. Gladys continuaba negando. Suplicando...

Retomó Burt McPherson. Procediendo a registrar en el salón. Minuciosamente. Sin dejar lugar alguno por examinar.

—No está aquí, señor Williamson. Puedo asegurarlo.

Nigel Williamson contempló despectivamente a la mujer.

Círculos negruzcos se marcaban en los senos femeninos. Y un desagradable olor a carne quemada flotaba en el ambiente.

—Esta estúpida puede que nos diga la verdad...

—Estoy convencido de ello, señor Williamson —corroboró Robín Leachman—. Después del trato recibido, nos hubiera entregado la cartera y a su mismísima madre.

Williamson asintió.

—Cierto... Hemos perdido el tiempo.

—¿Qué hacemos con ella?

—Violarla.

Leachman y McPherson intercambiaron una perpleja mirada.

—¿Cómo ha dicho, señor Williamson?

—Me has oído perfectamente, Burt. Esto quedará como obra de unos vulgares ladrones que, después de saquear el apartamento, violaron a la propietaria del mismo. ¿No os agrada el plan?

Los dos melencidos rieron al unísono.

Contemplando lascivamente a la inmóvil Gladys.

—Por supuesto, señor Williamson.

—Terminad pronto —ordenó Williamson, con fría indiferencia—. Yo iré a preparar el escenario. Nos llevaremos las joyas y el dinero.

Williamson abandonó el salón.

El registro realizado por Burt McPherson en el dormitorio había sido minucioso. Todos los muebles abiertos. Incluso el colchón y la almohada examinados en su interior. Sí, había algunas joyas en el boudoir, pero el dinero en efectivo no llegaba a los quinientos dólares. Williamson guardó las joyas. Serían fundidas o bien transformadas. El dinero lo entregaría a Leachman y McPherson. Imposible seguir la pista a unos cientos de dólares.

Nigel Williamson pasó a la cocina.

Poco más tarde descubría a Leachman y McPherson en el *living*.

Ya habían concluido su canallesca acción.

Williamson penetró en el salón. Avanzando hacia Gladys. La mujer yacía en el sofá. Las manos a la espalda. El rostro magullado. El ojo izquierdo amoratado. Los labios sangrantes. El pecho...

Había sido despojada de la negligé y el *slip*.

—Lamento el error, Gladys. El error... y el tiempo perdido. Por tus antecedentes, te consideré culpable de la desaparición de la cartera.

Gladys entreabrió los ojos al oír la voz.

Y fue entonces cuando descubrió el cuchillo en las enguantadas manos de Nigel Williamson. Un cuchillo de la cocina. De grande y ancha hoja.

El terror se adueñó nuevamente de la mujer.

—No..., no...

—Debo hacerlo, Gladys. Comprende. No puedes quedar con vida, después de lo ocurrido. Nos acusarías de malos tratos. Hablarías de una cartera. Investigaría la policía...

—No..., no diré nada —balbuceó Gladys, casi sin voz—. No...

Williamson sonrió.

—Por supuesto, nena. Los muertos no hablan.

Gladys agrandó los ojos. Hasta casi saltar de las órbitas. Desencajó el rostro abriendo desmesuradamente la boca. Cuando quiso gritar, sólo una bocanada de sangre asomó por entre sus labios.

Nigel Williamson había sido más rápido.

De brutal tajo había seccionado la yugular de Gladys Parks.

CAPÍTULO V

Spencer Winters había permanecido con la cabeza bajo el grifo por espacio de largos minutos. También se había ventilado una taza de humeante café. Sin azúcar.

El reducido apartamento no contaba con ventanales a la calle, pero sí llegaba la claridad del nuevo día por los miradores del patio interior.

Un nuevo día para Spencer Winters.

Retomó al dormitorio. Arrastrando los pies. Quedó unos instantes bajo el umbral de entrada. Como si temiera adentrarse en la estancia.

Los diminutos ojos del anciano se posaron en la cartera negra de piel.

Allí estaba.

A los pies del lecho.

Cuando despertó no quiso examinarla. Había tenido una pesadilla. Un mal sueño. Y temía verlo convertido en realidad.

Winters sacudió la cabeza a la vez que avanzaba hacia el lecho.

No.

No podía ser cierto aquel maldito sueño.

Con temblorosas manos, tomó la cartera, manipulando en el cierre. La abrió. Y al instante cerró los ojos. Permaneciendo así largos minutos. Como si rezara. Entreabrió el ojo derecho. Luego el izquierdo. Contemplando los papeles. Papeles y más papeles repartidos por los compartimentos de la cartera.

No había sido un mal sueño.

Era una realidad.

No había fajos de billetes de mil dólares, sino papeles. Papeles, documentos, fichas, mapas marcados...

Spencer Winters, tras aquellos largos minutos de inmovilidad, empezó a razonar sobre lo ocurrido. Dos carteras. Dos carteras

iguales. Una con los fajos de billetes y otra con papeles. La que Brock Sydow embutió con billetes de mil dólares, fue apartada de la mesa del despacho. Sustituida por otra. Y fue entonces cuando Winters...

El anciano se pasó el dorso de la mano por la frente.

Estaba sudando.

No podía presentarse en la Sydow Company con la cartera bajo el brazo y devolverla a Brock Sydow con una sonrisa. Aquello le delataría. Tenía que desembarazarse de la cartera y los papeles. Arrojarlo todo a una alcantarilla y olvidarse del maldito asunto.

Winters comenzó a renegar.

Cincuenta años de conducta intachable. Toda una vida de honradez próxima ya al cretinismo. De trabajo sin tregua. Y en la única ocasión en que decide cometer una mala acción... se apodera de una cartera repleta de papelotes y garabatos.

—Maldita sea mi suerte..., maldita sea mi estampa...

Con compungido rostro fue ordenando nuevamente los papeles en los distintos compartimientos. Fue entonces cuando descubrió el sobre. Había permanecido oculto al primer examen. Un sobre tamaño cuartilla.

Spencer Winters lo abrió esperanzado.

Tal vez allí encontrara algunos billetes. Aunque fueran billetes de dólar. Se conformaría con ello.

El anciano bizqueó al descubrir el contenido del sobre. No eran billetes. Cinco fotografías. Cinco fotografías a color. Cinco muchachas seductoramente atractivas. Cinco bellezas que habían posado en traje de Eva. Cinco diosas desnudas.

—Por todos los...

Winters fue pasando una a una las fotografías.

Cinco muchachas. Dos rubias y tres morenas. A cuál más bella. Todas ellas con el denominador común de mostrar su seductora desnudez. Cuerpos armoniosos que la cámara había logrado captar con todo detalle.

El anciano volvió a maldecir.

Ahora, dedicando sus reniegos a Brock Sydow.

—El honorable y respetado señor Sydow... El muy bastardo... ¡Mal rayo le confunda! Buena me la ha jugado... se quedó con la cartera de los billetes... ¡Y yo con las fotografías de sus conquistas!

Spencer Winters terminó de vestirse.

Sin dejar de maldecir.

Tomó la cartera dirigiéndose al armario. Con intención de introducirla en el hueco y colocar las baldosas. Detuvo el iniciado ademán. Abrió de nuevo la cartera para apoderarse del sobre con las fotografías que guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Colocó la cartera en el escondrijo y ajustó las baldosas y el cajón del armario.

Minutos más tarde abandonaba la casa.

El bullicio reinante en Ross Street hizo crispas el rostro del anciano, incrementando las arrugas. No era resaca. Ya estaba del todo despejado. El haber perdido todos aquellos fajos de billetes de mil dólares despejaba a cualquiera.

—¡Eh, Spencer! ¡Spencer!

Winters giró.

Contemplando a Gary Salkow que avanzaba tirando de un carro cargado en el mercado de Barrio Wise.

—Hola, Gary...

—¿Cómo te encuentras, Spencer? —preguntó Gary, dejando el carro en posición de reposo—. Buena juerga la de anoche, ¿eh?

Winters asintió rascándose ruidosamente la cabeza.

—Oye, Gary... Te entregué el sobre con la nómina de la Sydown Company, ¿verdad?

—Correcto, Spencer. Y a las pocas horas ya se había evaporado toda tu paga. Tú me ordenaste que continuara la fiesta. Lo tengo todo anotado. Me debes doscientos cuarenta dólares. Precio de amigo. Yo también quiero contribuir a tu merecida jubilación.

—Doscientos cuarenta dólares...

—Una miseria. La gratificación de la Sydown Company es fabulosa, ¿no? Eso afirmabas tú ayer.

El anciano forzó una sonrisa.

—Sí..., sí, claro... No llevo el dinero encima. —Winters introdujo las manos en los bolsillos—. Lo he ingresado en el banco y...

—Tranquilo, Spencer. Ya me pagarás mañana.

Spencer Winters había encontrado en el bolsillo el reloj made in Hong-Kong

.

—Gary...

—¿Sí, Spencer?

—¿Qué te parece este reloj? Regalo de la Sydow Company. Un magnífico reloj. Una verdadera joya.

—Muy bonito, Spencer.

—Te lo vendo por diez dólares.

Gary Salkow lucía un bigote caído y espeso. Comenzó a tirar de una de las guías a la vez que dirigía a Winters una inquisitiva mirada.

—¿El reloj obsequio de la Sydow Company? ¿Me lo vendes por diez dólares? Es una broma, ¿verdad, Spencer? Tú tienes pasta. Tienes la gratificación extra de la Sydow Company. La tienes, ¿no es cierto?

Winters tragó saliva.

—Por supuesto, pero a mí no me gusta llevar reloj y...

—No me interesa tu reloj, Spencer —interrumpió Salkow, tirando nuevamente del carro—. ¡Y quiero mis doscientos cuarenta dólares hoy mismo! ¡Esta noche quiero el dinero!

Spencer Winters quedó en la acera. Con el reloj en la diestra. Con una desesperada mueca reflejada en el rostro.

—Hola, Spencer. ¿Qué tal tu primer día de jubilación?

Winters ladeó la cabeza para contemplar al individuo que se le había aproximado. Instintivamente arrugó la nariz. Como si algo oliera mal.

El fulano era Nicholas Goidberg. Uno de los oficinistas en el almacén de la Sydow Company. Un individuo viscoso. Lo más parecido a un reptil.

—Muy bien, Nicholas. Soy tan feliz que me gustaría dar saltos, saltos... y encaramarme en el piso cuarenta del Houma Building y luego arrojarme al vacío.

Nicholas Goidberg rió divertido.

—Te comprendo perfectamente, Spencer. No es agradable encontrarse de pronto sin tener nada que hacer. Convertido en un viejo inútil.

—¿Cómo sigue tu zorra madre, Nicholas?

Goidberg mantuvo la sonrisa en los labios.

—No era mi intención molestarte, Spencer. Estoy por aquí para cobrar una factura de la Sydow Company. Al verte, decidí saludarte.

¿Puedo ayudarte en algo?

Winters cambió radicalmente la actitud. Sonrió cordial, a la vez que palmeaba la espalda de Goidberg.

—Soy yo quien pide disculpas, muchacho. Tienes razón. Soy un viejo inútil que no se resigna a permanecer inactivo. Tu caso es distinto. Eres un individuo con gran proyección de futuro. Pronto te ocuparás de toda la administración del almacén. Lo sé. He oído hablar de ello.

—¿De veras?

—Seguro, Nicholas. Te convertirás en un tipo importante. Y para todo fulano importante, un reloj digno de su categoría. ¿Qué te parece? Aquí lo tienes. Un estupendo reloj que te ofrezco por tan sólo quince dólares. Un reloj que...

—Es el reloj obsequio de la Sydow Company.

—Sí, Nicholas. Con gran dolor, debo desprenderme de él. Necesito dinero.

—He oído comentarios a tu fiesta de ayer, Spencer. Una juerga por todo lo alto. *Whisky*, cerveza... Todo pagado por el generoso Winters. Hablabas también de una gratificación extra de la Sydow Company.

—Demasiado sabes que no tengo gratificación extra, Nicholas. Estaba borracho. Me gasté toda la nómina del mes. Necesito dinero...

Goidberg rió ahora en burlona carcajada.

—Adiós, viejo loco.

—Nicholas..., espera..., diez dólares..., por diez dólares es tuyo...

—Ni un centavo daría yo por ese reloj. ¡Qué te diviertas, Spencer!

—Nicholas...

Goidberg hizo caso omiso a la suplicante llamada de anciano. Comenzó a cruzar la calzada. Fue a mitad de recorrido cuando sonó la voz de Winters. Su vozarrón.

—¡Eh, Nicholas! ¡Recuerdos a la zorra de tu madre! ¡Y al cornudo de tu padre!

El anciano pareció sentirse mejor después de haber dedicado aquella cariñosa despedida a Goidberg.

Volvió a guardar el reloj en el bolsillo.

Unos bolsillos vacíos. Apenas contaba con unos pocos dólares para el almuerzo. Y el dinero depositado en el banco, todos sus ahorros, puede que ni llegaran para pagar la deuda a Salkow.

Spencer Winters contaba con muchos amigos en Barrio Wise. Todos ellos como él. Unos muertos de hambre. Ninguno de ellos le sacaría de apuros. A no ser...

El rostro de Winters se iluminó.

Había uno.

Uno que ya le había ayudado en más de una ocasión.

Barry Wallach.

No era una pocilga.

Al menos sí había limpieza y orden. El mobiliario escaso, pero seleccionado. Una reducida antesala y el despacho. Eso era todo. En la puerta de entrada, el pequeño rótulo. En brillante placa. «Wallach, Investigador privado».

Spencer Winters asintió con un repetido movimiento de cabeza.

—Lo reconozco, muchacho. No está mal. No está nada mal...

—En tu anterior visita, la única, esto sólo eran cuatro paredes —sonrió Barry Wallach, desde la mesa escritorio—. Cuatro paredes sin pintar y sin muebles. Lo he adecentado un poco.

Winters, después de simular contemplarlo todo con mucho interés, se dejó caer en el sillón situado al otro lado de la mesa.

—¿Te van bien las cosas, hijo?

—No me puedo quejar.

—Apuesto que sigues rechazando los casos poco limpios.

—En efecto. Y también la investigación de supuestas infidelidades matrimoniales. Cierta tipo de casos me revuelven el estómago.

El anciano chasqueó la lengua.

—Haces mal, Barry. Los asuntos turbios son los que más dinero dejan. Ése es tu defecto. Eres demasiado honrado.

—También lo eres tú —respondió Wallach, sin abandonar la sonrisa—. Prueba de ello son tus cincuenta años de trabajo. Olvidé felicitarle ayer.

—Cincuenta años de trabajo no es prueba de honradez, sino de idiotez.

—Ayer eras más optimista.

—El *whisky*.

—¿Sólo el *whisky*? Hablabas de comprarte un lujoso apartamento. Incluso me prometiste unos cuantos miles de dólares para que reformara mi pocilga.

Spencer Winters forzó una sonrisa.

—¿Eso dije?

—Seguro. Y ahora, al verte entrar, me ha dado un vuelco el corazón. No te creí una sola palabra, pero tu presencia aquí...

—No te hagas ilusiones, muchacho. Olvida esos prometidos miles de dólares. Tenía..., tenía un negocio entre manos, pero me ha salido mal. Me..., me fallaron los cálculos.

—¿Qué hay de la gratificación de la Sydow Company?

—¿La..., la...? ¡Ah, sí! ¡Fabulosa, Barry! ¡Algo único! ¡Aquí lo tienes!

El anciano depositó sobre la mesa el reloj.

Wallach arqueó las cejas.

—¿Esto? ¿Sólo?

—Es un reloj magnífico, muchacho. Una obra de arte. El tecnicismo más avanzado. Una joya que...

—¿Cuánto, abuelo?

—Diez dólares.

Barry Wallach abrió uno de los cajones de la mesa escritorio. Extrajo una pequeña caja metálica. En su interior unos cientos de dólares. Tendió diez dólares al anciano.

—Gracias, hijo. Has hecho una buena compra.

—Es un préstamo, abuelo. El reloj sigue siendo tuyo. Es un recuerdo de la Sydow Company y no puedes...

—¡Al diablo con ellos! —exclamó súbitamente Winters, enrojeciendo—. ¡Son unos bastardos, Barry! ¡Unos bastardos! Me han engañado...

—¿Engañado?

Spencer Winters, aunque pensando en la cartera de los miles de dólares, no rectificó.

—¡Sí, maldita sea! ¡Un reloj japonés por cincuenta años de servicio! ¡No quiero ese condenado reloj! ¡No han sido justos conmigo!

Wallach, del mismo cajón de la mesa escritorio, sacó una plana botella de *whisky*. Después de atizarse un trago, la pasó al anciano.

—El mundo está repleto de ingratos, abuelo.

Winters bajó el nivel del *whisky* en un par de dedos. Se pasó el dorso de la zurda por los labios.

—Sí... Tú también lo has sufrido en tus carnes. Tu padre dedicó toda su vida a la Metropolitan Pólice Dallas. Fue el mejor patrullero. Un hombre honrado e insobornable. Inculcó en ti el sentido del deber y de la justicia. Tú terminaste tus estudios de abogado, pero solicitaste un puesto en la Metropolitan Pólice. También como patrullero. Siguiendo el camino marcado por tu padre.

—No encontré trabajo como abogado —sonrió Wallach—. De alguna forma tenía que ganarme los garbanzos.

—Eso no es cierto, hijo. Te gustaba ser patrullero. Y en Barrio Wise. Un digno sucesor del viejo Wallach. Todo iba bien... hasta que tropezaste con Gerald Avildsen.

Wallach amplió la sonrisa.

—Quién iba a imaginar al senador Avildsen en Barrio Wise. En una pensión de mala muerte. Con una chiquilla de catorce años.

—Cumpliste con tu deber, Barry. Denunciar el caso. Gerald Avildsen denunciado por corrupción de menores. Sabías que te jugabas el puesto y no dudaste en...

—Fue una idiotez, abuelo —interrumpió Barry Wallach—. En aquel entonces estaba poco curtido. Presenté al senador Avildsen en el Distrito Cinco. Bajo la acusación de corrupción de menores e incitación a la prostitución. Mi denuncia no prosperó. Es más... desapareció misteriosamente. La chiquilla encontrada en el hotel con Gerald Avildsen también desapareció sin dejar rastro. Creo que ahora vive en San Francisco. A su madre le soltaron un buen puñado de dólares por mantener la boca cerrada. Avildsen presentó una sólida coartada. Yo estaba equivocado. Yo sufrí una alucinación. Rectificar... o ser expulsado de la Metropolitan Pólice.

—Y no rectificaste.

—Lo dicho, abuelo. Era un joven inexperto. Hoy no presentaría al senador en el Distrito Cinco. Los policías indignos son minoría, pero existen. Ratas que babea ante un fajo de dólares o frente al poder de un político corrompido. Ratas que quieren medrar a toda costa.

—El mundo es un asco.

—Sí. No hay más que leer los periódicos. ¿Conocías a Gladys Parks?

El anciano incrementó las entrelazadas arrugas de su rostro en un gesto interrogador.

—¿Gladys Parks?

—Una empleada de la Sydow Company. En el Departamento de Contabilidad Mecanizada.

—No. Son muchos los que trabajan para la Sydow Company. Yo me relacionaba más bien con la chusma. Al edificio del Gran Jefe iba en contadas ocasiones. Cuando habla que limpiar las letrinas. ¿Qué le ha ocurrido a la tal Gladys Parks?

—La asesinaron ayer noche. En su apartamento. No se conformaron con robar. Violaron a Gladys Parks y luego la degollaron.

—Lo dicho, Barry. El mundo rebosa de bastardos —el anciano se incorporó con profundo suspirar—. Me llevo la botella de *whisky*.

—Y el reloj.

—¡No, maldita sea! ¡No lo quiero! ¡Te lo regalo! ¡Tíralo a la basura!

—De acuerdo, abuelo. Olvida entonces los diez dólares. Estamos en paz.

Spencer Winters se inclinó sobre la mesa escritorio. Con un malicioso brillo en los ojos.

—Oye, Barry..., tú eres un tipo que sabe apreciar la belleza femenina. Ya de pequeño lo demostraste. Recuerdo que el viejo Keaton te sorprendió en la trastienda con su hija. La hija de Keaton era una preciosidad. Echa un vistazo a esto.

Winters llevó su diestra al bolsillo interior de la chaqueta. Extrajo un sobre que arrojó sobre la mesa. Al alcance de Wallach.

—¿De qué se trata, abuelo?

—Echa un vistazo, hijo. Por un solo dólar son tuyas.

Barry Wallach abrió el sobre.

Parpadeó.

Sorprendido por el contenido.

En la primera de las fotografías una rubia de exuberante belleza. Rostro exótico y sensual. Su desnudez mostraba unos pechos erguidos y coronados por saliente pezón. El vientre liso y caderas anchas, de largos muslos. Sus largos cabellos de oro caían

majestuosamente sobre los hombros. Más turbador resultaba el vello rubio de su sexo.

Barry Wallach desvió la mirada hacia el anciano. Éste continuaba sonriendo maliciosamente.

—Sigue, hijo. Hay más. Cinco modelos. Cinco fotografías distintas.

Wallach también sonrió.

Pasó a la siguiente fotografía.

—¿Desde cuándo te dedicas a esto, Spencer?

—No digas tonterías. Encontré el sobre en una cabina telefónica. De tratarse de soez pornografía, hubiera roto el sobre; pero esto es diferente. Es como si la cámara entrara furtivamente en el Olimpo y fotografiara a las más bellas diosas.

—Ciertamente son muy...

Wallach enmudeció.

Fue al llegar a la tercera fotografía.

Una muchacha de unos dieciocho años de edad. De negro cabello. A juego con el ágata de sus ojos. Rostro ovalado. De cuerpo armonioso. Suavemente bronceado. Senos menudos, como medias naranjas. La cimbreada cintura contrastaba con el inicio de las caderas.

Había posado sonriendo a la cámara. Una amplia sonrisa dibujada por unos carnosos labios. Las manos tras la nuca. Con los dedos engarfiados en los mechones sedosos y negros de su cabellera. La pierna derecha levemente adelantada y flexionada.

—¿Dónde dices que has encontrado las fotografías, abuelo?

—Pues... en..., en una cabina telefónica de Eower Road. Hace un par de semanas. Cuando iba hacia la Sydow Company. ¿Por qué lo preguntas?

Wallach extrajo veinticinco dólares de la caja metálica.

—Aquí tienes, abuelo. Me quedo con las fotografías.

—Con un solo dólar me...

—Aún no estoy seguro, pero puede que tengan un valor mucho mayor —interrumpió Wallach, enigmático—. Entonces repartiremos las ganancias.

—¿Piensas presentarlas a un concurso fotográfico?

—Tengo otros planes.

El anciano sonrió palmeando la espalda de Wallach.

—Ya son tuyas, hijo. Puedes hacer lo que quieras con ellas. No te entretengo más... Gracias por todo, muchacho. Eres un buen chico.

Spencer Winters abandonó el despacho. Sin olvidar introducir en uno de los bolsillos la botella de *whisky*.

Wallach quedó con la mirada fija en la fotografía, durante unos minutos. Se levantó del sillón giratorio acudiendo al archivador metálico, situado en uno de los rincones de la estancia.

Manipuló en el segundo cajón del archivador para extraer una carpeta de anillas. Retornó tras la mesa escritorio.

Pronto encontró lo que buscaba.

La memoria no le había traicionado.

En la carpeta de anillas se agrupaban varios recortes de prensa. Uno de ellos correspondía a un anuncio divulgado por la Strong Press a todos los periódicos de Texas. En él aparecía la fotografía de una muchacha. En bikini. Una joven de negros cabellos. Con las manos tras la nuca y la pierna derecha levemente adelantada y flexionada.

Barry Wallach cotejó la fotografía del recorte de prensa con la proporcionada por el anciano.

En la fotografía reproducida por el periódico no se apreciaban con nitidez los rasgos femeninos; pero resultaban muy similares. En cuanto a la pose adoptada por la muchacha sí era idéntica. Como un calco.

Wallach tomó una lupa.

Equiparó más detenidamente las dos fotografías. Hasta llegar a la conclusión de que, en efecto, se trataba de la misma muchacha.

En el recorte de prensa figuraba el nombre: Cynthia Golden. Desaparecida. Y también se mencionaba la cantidad de diez mil dólares de recompensa a quien facilitara cualquier dato sobre el paradero de la joven.

CAPÍTULO VI

Barry Wallach pulsó el llamador de la puerta.

Tras unos instantes de espera, cuando se disponía nuevamente a presionar el llamador, se escuchó el deslizarse del pasador. Se entreabrió la hoja de madera. Con la cadena de seguridad ajustada.

Asomó un rostro femenino.

Unas facciones atractivas. Unos ojos verdes. Rasgados. La nariz ligeramente respingona. Los pómulos gatunos. Labios gordezuelos y húmedos. El pelo castaño, en favorecedor peinado corto, resaltaba el óvalo del rostro.

—¿Leila Golden? —inquirió Wallach.

—Sí, yo soy.

Barry Wallach esperaba aquella respuesta.

Aquel rostro femenino tenía algunos rasgos en común con la chica de la fotografía. Un marcado parecido físico. Sin duda eran hermanas.

—Hola, Leila. Yo soy Barry Wallach, investigador privado. —Wallach extrajo su credencial que mostró a la muchacha—. ¿Puedo pasar?

Las facciones de Leila Golden se endurecieron. Sus verdes ojos acusaron un súbito destello. No hizo ademán de quitar la cadena de seguridad. Tampoco se molestó en dirigir una mirada a la credencial.

—¿Qué quiere?

—Hablar de tu hermana. De Cynthia Golden. Tu hermana, ¿no es eso? He leído el anuncio divulgado por la Strong Press y...

—¿Por qué no me dejan en paz? —interrumpió Leila, secamente—. ¡Ya basta de burlas y engaños! Creí que ya había cesado el deambular, pero todavía quedan rezagados al pastel. Sí, amigo. ¡Ha llegado tarde!

—¡Eh..., un momento, muñeca! —Wallach apoyó la diestra en la

puerta para evitar el cierre—. Tengo una pista sobre Cynthia Golden. ¿Te interesa o no?

Los ojos femeninos reflejaron un profundo desprecio.

—Apuesto que se trata de una pista muy segura, pero que necesita de un pequeño anticipo para investigar más a fondo. ¡Ya he sido engañada por buitres como usted!

La muchacha cerró la entreabierta puerta con violencia.

Barry Wallach quedó unos instantes perplejo, aunque reaccionó esbozando una sonrisa. Llevó su diestra al bolsillo interior de la chaqueta. Se inclinó para introducir la fotografía bajo la puerta. Acto seguido, pulsó el llamador.

Fue cuestión de segundos.

La hoja de madera se abrió. Ya sin la cadena de seguridad ajustada.

Pudo contemplar ya algo más que el rostro de Leila Golden.

La muchacha luda una blusa anudada bajo el busto y ceñido *short*. Calzaba chinelas. Un conjunto muy seductor cuando se tiene un cuerpo como el de Leila Golden. La blusa sostenía unos senos erectos y puntiagudos. El delicioso hoyuelo del ombligo al descubierto. Una franja de bronceada piel que limitaba la ligera curva del vientre. El *short* se ajustaba sobre prominentes caderas. Unas piernas perfectas. Desde los mórbidos muslos a los tobillos. Con graciosas y torneadas rodillas.

El bello rostro femenino acusaba ahora intensa palidez. Y en los carnosos labios un tenue balbucear. El temblor era más patente en las manos que sostenían la fotografía.

—¿Es ella? —interrogó Wallach—. ¿Se trata de tu hermana Cynthia?

Leila respondió maquinalmente.

Con leve movimiento de cabeza.

—Estaba seguro —dijo Barry Wallach, adentrándose en el *living*—. La identifiqué de inmediato con la chica de la Strong Press, no obstante, quería que también tú la...

—¿Cómo ha llegado esta fotografía a su poder? No es posible que Cynthia... Ahora comprendo. Chantaje. Es un chantaje.

Wallach ahogó un suspiro.

—Oye, Leila. Estás obsesionada. Me consta que has sufrido mucho desde la desaparición de tu hermana. Has sido víctima de

engaños, burlas y estafas. Diez mil dólares movilizan a muchos desaprensivos y oportunistas. Yo no soy de éstos.

—¡Cynthia jamás hubiera posado desnuda! ¡Ésta es una fotografía trucada!

—No lo es, Leila. Tengo conocimientos suficientes para afirmarlo. En mi pequeño laboratorio lo he investigado. No se trata de un trucaje fotográfico. Estoy aquí para ofrecerte mi ayuda. Ya te he dicho que soy investigador privado. Me gustaría localizar a tu hermana.

—¿Y cuánto quiere de anticipo, Wallach? ¿Mil dólares, como sus anteriores colegas? También otros me...

—Okay, nena. Ya es suficiente. Mi teléfono figura en la guía. — Barry Wallach acudió hacia la puerta—. Llámame cuando se te pase la neurosis.

La joven le cerró el paso.

—No, por favor... Disculpe, señor Wallach..., yo...

—Te comprendo perfectamente, Leila. Es cruel que algunos individuos disfruten con el sufrimiento ajeno y sacándole jugo. También a mí me gusta el dinero, pero sólo ganado honradamente con mi trabajo. En mi profesión, ese trabajo puede salir bien o mal. Es un riesgo a aceptar. Tengo una tarifa fijada y una cantidad para los posibles gastos extra. Contigo voy a hacer una excepción, Leila. Ni un centavo. Mi un solo dólar. Únicamente si encuentro a Cynthia me llevaré esos diez mil dólares prometidos, ¿de acuerdo?

Los verdes ojos de Leila se posaron en Wallach. En intensa mirada. Por primera vez, el rostro de la muchacha se iluminó con una leve sonrisa.

—Creo..., creo que me he equivocado contigo, Barry.

—Empezaremos de nuevo —sonrió también Wallach—. Y ahora ya como dos viejos amigos.

Leila hizo deslizar una puerta corredera que descubría el salón.

Barry Wallach parpadeó.

Sorprendido por el decorado y el mobiliario. Todo en un estilo moderno y atrevido. Con marcada originalidad en cada detalle. En cada mueble. En cada rincón de la estancia.

La joven volvió a sonreír.

Percatándose de la sorpresa de Wallach.

—¿Te gusta?

—¿Quién es tu decorador, Leila? Cuando sea millonario quiero contratarle.

—Cuenta con ello. Yo soy la decoradora. Ésa es mi profesión.

Barry Wallach empequeñeció los ojos. Fijos en Leila. Su mirada envolvió a la muchacha. Con un destello de admiración en las pupilas.

—Tú sí estás bien decorada.

Leila sonrió con tenue rubor.

—¿Me permites tu credencial, Barry? Antes ni tan siquiera me molesté en mirarla.

—Sigues desconfiando, ¿eh? —Wallach le mostró la credencial —. Sospecho que lo tuyo es una enfermedad.

Leila suspiró. Tensando la tela de la blusa que acentuó los turgentes senos.

—Creí haber conocido ya a todos los detectives privados de Dallas. Tal vez fue un error el hacer que la Strong Press divulgara la fotografía por todos los periódicos de Texas. Fue alucinante. Ya desde el primer día en que apareció publicada. La primera llamada fue la de un sádico sexual. Vomitando obscenidades por la fotografía de Cynthia en bikini.

—Ciertamente es una fotografía de impacto. Cynthia es muy bonita y de un gran atractivo físico.

—No tenía ninguna otra fotografía. Al menos reciente. Fue un error publicarla. No me ha ocasionado más que gastos, burlas y disgustos.

—Esa pose de Cynthia, las manos a la nuca, la pierna al frente, flexionada... fue lo que me hizo asociarla con la fotografía que cayó en mi poder. Tengo una memoria de elefante. Archivé el recorte de la Strong Press. Por simple rutina. Habitual en un investigador privado. Nunca se sabe lo que puede acontecer.

—¿Cómo has conseguido la fotografía, Barry?

Wallach sonrió, tomando asiento en un sofá de original diseño y tapizado. Con profusión de almohadones de formas geométricas.

—Vamos a ir por partes, Leila. ¿Cuándo y cómo desapareció tu hermana?

—Hace unos tres meses. Dos meses y catorce días para ser exactos. Habíamos tenido una de nuestras habituales discusiones durante la cena. Cynthia se retiró a dormir. Al día siguiente

tomamos el desayuno juntas. Se despidió de mi citándome en Shamrock para almorzar. Aquella mañana fue el último día en que la vi. No acudió al Shamrock ni apareció más por casa.

—Una desaparición voluntaria.

—No. No lo fue. No se llevó nada de casa. Su ropa sigue aquí. Toda su ropa y objetos personales. Cynthia me lo hubiera dicho. Si en un momento de irritación decidiera por marchar, terminaría por establecer contacto conmigo. No me mantendría tanto tiempo con esta angustia.

—¿Por qué esas discusiones habituales?

Los ojos de Leila se nublaron.

—Nos queremos, Barry. Siempre nos hemos llevado bien. Siempre muy unidas. En la alegría y en la tristeza. La tristeza llegó con la muerte de nuestro padre. Ya sólo nos quedaba él. Ocurrió en Holly Creek, nuestra ciudad natal. Hace ya tres años. Fue entonces cuando Cynthia y yo decidimos trasladarnos a Dallas. Cynthia continuaría con sus estudios de Bellas Artes. Yo con mi especialidad de decoración.

Leila comenzó a deambular por el salón. Hizo una pausa como si quisiera poner en orden sus pensamientos. Prosiguió con pausada voz:

—En principio todo nos fue bien. Yo entré en la plantilla de una de las mejores agencias de publicidad de Texas. Podía costear con tranquilidad los estudios de Cynthia, mantener el apartamento y demás gastos. Los problemas se iniciaron hace un año. A raíz de mi ingreso en la Glover Films.

—¿La productora cinematográfica de The Mice White?

—Correcto, Barry. El récord de taquilla del pasado año. Y los principales decorados de The Mice White, han sido creados por mí. Entré en contacto con el mundo del cinema. Un mundo cruel, ambicioso, plagado de envidias, rencores... Cynthia quedó deslumbrada por la fachada. Por ese exterior multicolor. Por las estrellas, los platós, las luces, la fastuosidad... Yo quise abrir los ojos de Cynthia. Hacerle comprender que todo aquello era irreal... Un... un decorado. No me hizo caso. Decidió abandonar sus estudios de Bellas Artes. Quería..., quería convertirse en estrella. Triunfar en Hollywood.

—Ése es el sueño de muchas jovencitas.

—En Cynthia fue algo más que un sueño. Se convirtió en obsesión. Me reprochaba el negarme a ayudarla. Yo, por mis relaciones con la Glover Films, podía abrirle camino; pero me negué una y otra vez. Cynthia no tenía cualidades para ser actriz. Hubiera fracasado. Creía poder conseguirlo con la perfección de su cuerpo. Como el de miles de starlets que pululan como extra de película en película. Explotadas por individuos sin escrúpulos. Degradándose más y más.

—¿No tenía posibilidad alguna de triunfar?

—No.

—Entonces cometiste un grave error, Leila. Tenías que haberla presentado en la Glover Films. Ellos se encargarían de desilusionarla. Cuando alguien quiere algo que se le niega, lo desea con mayor fuerza.

—La víspera de su desaparición, la discusión de aquella noche, fue motivada precisamente por unas pruebas que le efectuaron en la Glover Films. Un fracaso. Cynthia carecía de espontaneidad. Todos sus ademanes eran estudiados. Esa fotografía en bikini. Y la... la otra. La misma pose. Cynthia jamás hubiera triunfado en el cinema. De ahí mi solicitud a la Glover Films para que la sometiera a unas pruebas. Y Cynthia me acusó de haber influido para que la descalificaran. La discusión de aquella noche fue terrible. Se negó ya en firme a seguir los estudios. No quería depender por más tiempo de mí. De mi dinero... Traté en vano de hacerla comprender. Cynthia se comportaba en ocasiones como una niña. Y lo es.

—¿Qué edad tienes tú, Leila?

—Veintidós años.

—¿Y Cynthia?

—Dieciocho. Sí, ya sé... Hoy a los dieciocho años se ha vivido más de la cuenta. Cynthia era distinta. Siempre estuvo protegida por papá..., por mí... Era demasiado ingenua en muchas cosas.

—¿Algún novio? ¿Algún amigo habitual?

Leila denegó con un movimiento de cabeza.

—Eso mismo me preguntó la policía. No, Barry... Nadie. Yo controlaba las amistades de Cynthia.

Wallach hizo una significativa mueca a la vez que chasqueaba la lengua.

—Eso lo pone más difícil. Si controlabas las amistades de tu hermana, ella procuraría burlar esa vigilancia. Y entonces es cuando las desconocemos.

—Ya estoy pagando todos mis errores, Barry.

—¿Encontró la policía alguna pista? ¿Algo de interés?

—No. Según ellos, son cientos los muchachos y muchachas que desaparecen diariamente en las grandes ciudades. Unos regresan... y otros no aparecen jamás. Me dieron muy pocas esperanzas. Me mostraron infinidad de casos de desaparecidos. Un archivo completo de fotografías. Muchos de esos casos ya cerrados. Por ello decidí contratar los servicios de una agencia de detectives y el anuncio divulgado por la Strong Press.

—¿Y la agencia de detectives?

—Los soporté durante un mes. Pagando sus dietas y gastos. Sin que lograran nada positivo.

—Yo tengo un punto de partida, Leila. Confía en mí.

La muchacha tomó de nuevo la fotografía entre sus manos. Movi6 levemente la cabeza de un lado a otro.

—Me resisto a creer que Cynthia...

—Está sonriendo, Leila. No parece ser que la hayan forzado a posar así. Tampoco es una fotografía pornográfica. Es un desnudo. Realizado con una buena cámara, por un profesional y en un estudio fotográfico. El mismo decorado y fondo en las cinco ocasiones.

La muchacha parpadeó.

—¿Cinco ocasiones?

Barry Wallach introdujo la diestra en el bolsillo interior de la chaqueta. Extrajo el sobre que tendió hacia Leila.

—¿Conoces a alguna de ellas? Esas cuatro fotografías estaban junto con la de tu hermana.

Leila fue pasando una a una las cuatro fotografías. Detenidamente. Alzó la mirada hacia Wallach.

—No... ¿Dónde..., dónde las has conseguido, Barry?

—Casualmente llegaron a mí. Un amigo las encontró en una cabina telefónica. Olvidadas por alguien. Voy a entregarlas a la policía. Ellos tienen medios más poderosos y adecuados para investigar y conseguir alguna pista. Indagando en cualquiera de las cinco fotografías, cinco casos, hay más posibilidades de encontrar

algo interesante. Yo he hecho unas copias. También investigaré.

—Me parece una magnífica idea, Barry. En las películas, el detective privado siempre esquivo cualquier trato o contacto con la policía.

Wallach sonrió, incorporándose del sofá. Volvió a introducir las cinco fotografías en el sobre que depositó en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Mis relaciones con la policía no son muy cordiales, pero siempre hago lo más positivo para mis clientes. Estaré en contacto contigo, Leila. Te informaré de cualquier novedad.

—Barry...

—¿Sí?

—Yo... estoy avergonzada por el recibimiento que...

—Olvídalo. Tenías tus motivos.

—Ya que he contratado tus servicios no es justo que carezcas de tus habituales honorarios y...

—No, Leila —interrumpió Wallach, con firme voz—. Hemos hecho un trato. Ni un centavo. Sólo cuando encuentre a Cynthia. Entonces no rechazaré esos diez mil dólares. Una bonita cantidad.

—Son casi la totalidad de mis ahorros, Barry; pero los entregaré gustosa por tener nuevamente a Cynthia conmigo.

Pasaron al *living*.

—Aquí tienes mi dirección, Leila. Con dos números de teléfono. El de mi pequeño despacho y el de mi domicilio particular.

—¿Por qué no almorzamos mañana juntos, Barry? Invito yo.

Wallach asintió sonriente.

—Será un placer, Leila. ¿Paso a recogerte?

—Aquí me encontrarás. Éste es mi santuario. Aquí trabajo en la creación de mis decorados y demás.

—Hasta mañana, Leila.

Barry Wallach abandonó el apartamento, paulatinamente la sonrisa se fue borrando de su rostro. Mientras descendía la escalera, fue pensando en las cinco muchachas de las fotografías.

Y un negro presentimiento se apoderó de Wallach.

CAPÍTULO VII

Barrio Wise no contaba con elegantes nighth-clubs. Ni lujosas casas de placer. Sólo de algún que otro tugurio con un *show* denigrante y clandestinos burdeles. Más que suficiente para los habitantes de Barrio Wise. Muy poco trasnochadores. Al día siguiente había que trabajar desde muy temprano. De ahí que, en la medianoche, las calles de Barrio Wise aparecieran solitarias. Con muy poca iluminación. Sin los alegres y multicolores luminosos de neón que proliferaban por el centro de la ciudad.

Ratas.

Ratas sucias y famélicas sí deambulaban por las calles de Barrio Wise. Por entre los bidones de basura. Por las cloacas.

Sólo ratas... y alguna sombra furtiva.

Spencer Winters avanzaba pegado a las fachadas de las casas. A pequeños saltos. Mirando alternativamente a derecha e izquierda. Como si temiera ser descubierto.

Llegó a Glen Road.

Una calle con mucha prosapia en barrio Wise. Muy conocida. Muy popular. Su pestilencia la había hecho famosa. Una nauseabunda calle que hacía retroceder a las mismísimas ratas. Los sumideros de aguas residuales siempre habían funcionado mal. De ahí el fétido olor. Unas cloacas hediondas que hacían vomitar al estómago más fuerte.

Winters se detuvo jadeante.

Vestía una ancha chaquetilla de piel y pantalones oscuros. Calzaba botas de altas cañas. Unas botas que chirriaban a cada paso, haciendo maldecir al anciano.

Avanzó hacia el centro de la calle.

La oscuridad era total.

Sólo un poste de alumbrado al inicio de Glen Road. Un auténtico despilfarro. Sólo un loco deambularía por allí en plena noche.

Y aquel loco era Spencer Winters.

Se inclinó sobre la cobertera de la alcantarilla. Fue tanteando hasta dar con la anilla de la tapa metálica. Estaba enmohecida. Alfombrada por una gruesa capa de polvo, tierra y suciedad. Hacía años que no se limpiaba aquello.

Winters comenzó a tirar de la anilla.

Sin resultado positivo.

Ya contaba con ello. Introdujo la diestra en el bolsillo de la chaquetilla. Un largo punzón brilló en la oscuridad. Comenzó a raspar por las rendijas de la tapa. Bordeando el círculo. Quitando el polvo y tierra acumulados.

Minutos más tarde intentaba de nuevo tirar de la anilla. La plancha metálica se movió. Aquello hizo que el anciano redoblara sus esfuerzos. Alzó levemente la tapa de la alcantarilla para seguidamente arrastrarla por el asfalto. Unas pulgadas. Siguió empujando. Lo suficiente para descubrir un hueco en la cloaca.

Spencer Winters se detuvo con entrecortado respirar. Ladeó la cabeza. Mareado por el pestilente hedor que emanaba del abierto boquete.

El anciano bajó la cremallera de la chaquetilla. Bajo su axila izquierda estaba la cartera. Una cartera de negra piel que se confundió con la oscuridad de la noche.

Sí.

Aquel espacio abierto era suficiente.

Spencer Winters arrojó la cartera por el hueco ajustando nuevamente la tapa. Arrugó la nariz. Evitando en lo posible las fétidas emanaciones.

Se incorporó introduciendo el punzón bajo el cinturón del pantalón y subiendo la cremallera de la chaquetilla. Avanzó hacia la acera. Pegado otra vez a las fachadas de las casas, caminó con rápidos y cortos pasos.

Ya estaba más tranquilo. Ya se había desembarazado de aquella maldita cartera. Arrojándola a la más pestilente de las cloacas de la ciudad de Dallas.

Fue al doblar la esquina.

Casi junto al poste del alumbrado.

—¡Aaaah!

Había tropezado con un individuo que pareció surgir de entre

las sombras de la noche. Un individuo que comenzó a reír en sonora carcajada.

—Hola, Spencer. ¿Te he asustado?

El poste de alumbrado no era muy potente, aunque sí lo suficiente para que el anciano identificara a su interlocutor. Se trataba de Nicholas Goidberg. El chupatintas del almacén de la Sydow Company.

—¿Qué..., qué haces por aquí, Nicholas?

—Pasear. Sí, Spencer... Hace una magnífica noche. Y Barrio Wise es una bonita zona para pasear con tranquilidad. No hay nadie. Lógico. Ya es muy tarde. ¿Qué haces tú, Spencer?

—¿Yo? Pues... pasear... También pasear.

—Sí. Eso me pareció. Te he visto salir de casa, Spencer. Muy furtivamente. Escondiéndote a cada paso. Te seguí. Simple curiosidad. Me despisté en Rydel Street. Yo conozco bien esta zona. Y esta maldita oscuridad... Te perdí la pista, Spencer.

—Me voy a dormir, Nicholas. Ya hablaremos mañana. Tengo sueño y...

—Un momento, Spencer. No he terminado.

Nicholas Goidberg le cerró el paso.

El anciano tragó saliva.

Había algo desconocido en el rostro de Goidberg. Algo que no había visto con anterioridad. Nicholas Goidberg, chupatintas mediocre, siempre había sido un infeliz; sin embargo, su aspecto de ahora no inspiraba confianza. Una cruel mueca desdibujaba sus facciones. Y el brillo de sus ojos...

No.

No resultaba muy tranquilizador.

—¿Qué quieres, Nicholas?

—Tranquilo, Spencer. Somos amigos. Vamos a tomar un trago en tu apartamento. Quiero echar un vistazo a tu cuadra.

—No soy tuyo, Nicholas. Y a mi casa no...

Winters enmudeció.

Nicholas Goidberg había sacado una pistola. Apoyando bruscamente el cañón del arma en el estómago del anciano.

—Vamos a tu casa, Spencer. Empiezo a sospechar que el señor Williamson tenía razón. Hoy me has engañado.

—Yo... yo...

—¡Muévete, condenado viejo! No intentes escapar. —Goidberg introdujo la pistola en el bolsillo, aunque sin soltarla. Lamentaría hacer un boquete en tu cabezota.

—¿Qué significa esto, Nicholas? ¿Piensas robarme? En mi casa no tengo un centavo.

—Por supuesto, Spencer. Espero encontrar otra cosa. Esta mañana me engañaste. Lo has hecho muy bien. Te creí en verdad con apuros económicos. Así lo comenté al señor Williamson; pero me ordenó continuar vigilándote. Lo consideré una pérdida de tiempo, pero yo siempre obedezco las órdenes del señor Williamson. No podía imaginar que tú... Resulta hasta gracioso.

—¿De qué diablos me hablas, Nicholas? No comprendo...

—Tú sí hablaste demasiado en el bar de Salkow. Allí vociferabas que eras rico. Que pagabas todo. Que contabas con una gratificación especial de la Sydwow Company. Eres un bocazas.

—Estaba borracho.

—No, Spencer. Ni borracho invitarías a todo el mundo. Tú no eres de esos. Si invitabas es que pensabas pagar. ¿De dónde iba a salir el dinero, Spencer? ¿Acaso tenías proyectado vender la cartera?

Caminaban ya por Ross Street.

A pocas yardas del domicilio del anciano.

Y Spencer Winters sintió miedo. Un pánico que le hizo reaccionar de forma inesperada. Empujando a Goidberg. Bruscamente. Arrojándole a la calzada y, sorprendido a contra pie, haciéndole perder el equilibrio.

—¡Viejo del infierno! ¡Te voy a...!

—¡Me quieren liquidar! ¡Me quieren liquidar! —gritó Winters corriendo a cortos y rápidos saltos—. ¡Me...!

Spencer Winters tropezó al querer entrar en el 771 de Ross Street.

Con un individuo que salía en aquel preciso momento.

El anciano hubiera caído de no ser sostenido por unas fuertes manos.

—¿Qué te ocurre, abuelo? ¿Por qué gritas así? ¿Te has vuelto loco?

—¡Barry! ¡Quiere liquidarme! ¡Tiene una...!

No fue necesario que Spencer Winters continuara con más

explicaciones.

Sonó una detonación.

Y el proyectil silbó a escasas pulgadas del perplejo Barry Wallach.

—¡Por todos los...! —Wallach empujó al anciano hacia el interior del portal para seguidamente llevar su diestra a la axila izquierda—. ¿Quién es, abuelo?

—¡Quiere liquidarme! —repetía Winters, como un loro—. ¡Quiere liquidarme!

—¿A ti? ¡Dispara sobre mí!

En efecto.

Nicholas Goidberg se había incorporado y parapetado tras un Pontiac negro. Volvió a apretar el gatillo. Disparando contra Wallach. Éste se había refugiado tras el saliente de entrada a la casa. Y respondió al fuego.

Con su revólver RG30 calibre veintidós.

Un solo disparo.

Nicholas Goidberg asomaba únicamente la cabeza. Con el brazo derecho extendido sobre la capota del coche. Fue suficiente para Wallach.

La bala se incrustó entre los ojos de Goidberg.

Entre ceja y ceja.

Giró como una peonza. Sin emitir un solo grito. Cayó de bruces sobre el frío asfalto de Ross Street.

Tras el eco de los disparos, el silencio retomó a Ross Street. Ni una sola de las ventanas de las casas se había iluminado. Nadie se había molestado en curiosear o interesarse por lo ocurrido. Tampoco nadie se molestaría en dar aviso a la policía. Aquélla era la policía de los habitantes de Barrio Wise.

Wallach se ladeó hacia el anciano.

—¿Quién era, abuelo?

—No... no lo sé —respondió Winters, temblando de pies a cabeza—. Un loco. ¡Quería liquidarme...! Jamás le había visto antes y... ¡Eh, Barry! ¿Dónde vas? ¡No me dejes aquí!

Wallach cruzó la calzada.

Hacia el Pontiac.

Se inclinó sobre el caldo procediendo a registrarle los bolsillos. En la billetera estaba su documentación. Después de examinarla

volvió a depositarla en el bolsillo de Nicholas Goidberg.

Retomó junto al anciano.

—Hay que dar aviso a la policía, abuelo.

—¡No! ¡No lo hagas! ¡No lo hagas, Barry!

—¿Por qué no?

—Yo... yo... lo digo por ti, hijo. Para evitarte problemas.

—Tengo el auto en la esquina, abuelo. Vamos a tomar un trago y conversar en mi apartamento. Estaremos más tranquilos.

Spencer Winters asintió.

Con repetido movimiento de cabeza.

—Sí, sí... Larguémonos.

El auto era un Chevrolet «Monza» coupé. Con muchas millas en su haber. Se encontraba estacionado en una de las bocacalles de Ross Street.

Se acomodaron en el interior.

—Deja de temblar, abuelo —dijo Wallach, iniciando la marcha —. Me puedes romper la suspensión.

—Es..., es la primera vez que alguien intenta liquidarme...

—¿No le conocías?

—Un ladrón, hijo. Sin duda se trataba de un ladrón.

—O tal vez quería violarte.

El rostro de Winters se hizo como una pasa. Actuando las arrugas en una compungida mueca. Con los diminutos ojos fijos en Wallach.

—No es momento de bromas, Barry. Ese tipo...

—Ese fulano era Nicholas Goidberg. Y trabajaba en la Sydow Company. Así consta en una de sus papeles. ¿Sigues sin conocerle?

—Son... son muchos los que trabajan para la Sydow Company... no puedo...

—Oye, abuelo —interrumpió Wallach—. ¿No te sorprende mi presencia por aquí? Salía de tu casa. Fui a visitarte.

—No son horas muy adecuadas para visita, pero te agradezco que...

—Tampoco son horas para deambular por las calles —cortó nuevamente Wallach—. Y tú no estabas en tu apartamento.

—Fui a dar un paseo.

—Yo vengo de la policía. He conversado largo y tendido con el inspector Wilford Connors. Un hombre del FBI.

—No te imagino platicando con la policía. Desde que te expulsaron de la Metropolitan Pólice tú no...

—Tenía que hablar con ellos, abuelo. Relacionado con tus fotografías.

—¿Mis...?

—Eso es. Las fotografías que encontraste en una cabina telefónica. Fue así, ¿no?

Winters forzó una sonrisa.

—Correcto.

—Viejo embustero...

—¡Barry! ¡No te consiento! ¡Un respeto a mis canas! Yo jamás... jamás...

—Sigue, abuelo. Tú jamás has dicho una verdad en tu vida.

El domicilio de Barry Wallach distaba poco de Barrio Wise. En Fenty Avenue. El auto estacionó en la calle.

Minutos más tarde, Barry Wallach abría la puerta de entrada a su apartamento. Apenas accionar el interruptor de la luz, Winters se precipitó hacia el salón. Conocía el apartamento. Y el emplazamiento del mueble-bar. Atrapó una botella de *whisky*. No se molestó en coger un vaso. Aplicó el gollete de la botella a los labios bebiendo largamente.

—Muy fino —comentó Wallach, tomando asiento en el sofá—. Se nota que has ido a colegio de pago.

Winters se pasó el dorso de la zurda por los labios. Sin retomar la botella al mueble-bar.

—Disculpa, muchacho... Necesitaba... necesitaba un trago.

—Vamos a hablar muy seriamente, abuelo. Esta noche, al ir a visitarte, estaba convencido de que me habías dicho la verdad. De que en efecto habías encontrado las fotografías en una cabina telefónica. Quería hablar sólo para concretar algunos puntos. Emplazamiento de la cabina, el día, la hora... Mi sorpresa fue no encontrarte en casa. Que nadie respondiera a mi llamada. Y al bajar, te veo aullando como un loco por Ross Street. Perseguido por un fulano con una pistola. No quería matarte, abuelo. No disparó sobre ti. Pudo hacerlo mientras corrías hacia la casa, pero no lo hizo. Sin embargo, no tuvo escrúpulo alguno en disparar a muerte sobre mi persona.

—Nicholas estaba loco. No me explico su...

—Déjame seguir, abuelo. Una de las fotografías, una de las chicas de las fotografías, se llama Cynthia Golden. Y su desaparición fue denunciada hace tres meses. Llevé las fotografías a la policía. Las cinco muchachas figuran como desaparecidas. Las cinco desaparecidas aquí, en Dallas. El primero de los casos de desaparición fue detectado hace aproximadamente un año. Sandra Presnell. Una joven modista. Sin familia. Le siguió Jennifer Smith. También sin familia. Cinco casos de muchachas desaparecidas, abuelo. Las cinco muchachas de las fotografías.

Spencer Winters comenzó a temblar de nuevo.

Aferrando la botella de *whisky* con ambas manos llevó otra vez el gollete a los labios.

—La policía, concretamente el FBI, tiene fundadas sospechas de que existe una organización dedicada a la trata de blancas. Una organización no vinculada a la Mafia ni a ningún otro Sindicato del Crimen. También se habla de tráfico de drogas y apuestas clandestinas. El FBI lleva tiempo tras ellos. Sin conseguir nada positivo. Es una organización fantasma que opera entre las sombras. Con contados elementos y con una total disciplina. Imposible dar con ellos.

Spencer Winters se había derrumbado en un sillón.

—No... no es posible...

—¿El qué, abuelo?

—¡Barry! ¡Necesito dinero! ¡Tengo que largarme de Dallas! ¡Tengo que desaparecer!

—¿Por qué, abuelo? ¿Qué has hecho?

—Yo... yo...

—¡Maldita sea, Spencer! ¿Acaso no confías en mí?

Winters movió nerviosamente la cabeza.

—Por supuesto, hijo. Tú eres el único que puede ayudarme... Te mentí. No encontré esas fotografías en una cabina telefónica. Yo... yo... robé una cartera del despacho de Brock Sydow. En esa cartera estaban las fotografías.

—El despacho de Sydow...

—Creí que contenía billetes de mil dólares. Minutos antes el señor Sydow estaba engordando una cartera con fajos de billetes. Regresé a los pocos minutos. Sin duda cambió la cartera. Yo me llevé una que no contenía ni un centavo. Me equivoqué de...

—¿Te das cuenta, abuelo? La Sydow Company... Brock Sydow controlando la trata de blancas, el tráfico de drogas...

Winters hizo una mueca.

—Sí, Barry. Me doy perfecta cuenta de que mi pellejo no vale un centavo.

—Tonterías. Yo estoy aquí para protegerte. Y la policía aniquilara a Brock Sydow y a su organización. En esa cartera debe haber pruebas suficientes para..., ¿ocurre algo, abuelo?

La mueca de Winters era ya lastimera.

—Ésa..., esa cartera..., la he tirado a una alcantarilla...

CAPÍTULO VIII

Los verdes ojos de Leila iniciaron un repetido parpadear.

—Entonces..., ¿no se puede hacer nada?

Wallach vació la copa de *brandy*.

Se reflejó en los ojos femeninos.

—No, Leila. Al menos de momento. Te lo he contado todo. Esa cartera robada por Spencer, nada significa. Puede no ser de Brock Sydow. Tal vez de alguno de los ejecutivos o incluso de alguien ajeno a la Sydov Company.

—¿Qué crees tú, Barry?

—Sospecho de Sydow, pero sin pruebas nada se puede hacer. Spencer no se molestó en examinar esos papeles y documentos. Sólo recuerda papeles con cifras, nombres, mapas marcados, fichas... Spencer únicamente te se quedó con las cinco fotografías. Lo único que le llamó la atención y de posible venta.

—Una compañía de transportes... ¿qué relación pue de tener con mi hermana?

—Lo ignoro. El tal Nicholas Goidberg buscaba la cartera. Enviado por Williamson, el vicepresidente de la Sydow Company. Sometieron a Spencer a vigilancia Considerándolo sospechoso del robo de la cartera. Y apuesto que también consideraron principal sospechosa a Gladys Parks.

—¿La chica que...?

—Sí, Leila. La muchacha que apareció asesinada en su apartamento. Era una de las secretarias de Brock Sydow. Demasiadas coincidencias.

—¿Por qué no comunicas todas tus sospechas a la policía, Barry?

Wallach encendió un cigarrillo. Tras exhalar una bocanada de humo, denegó con un movimiento de cabeza.

—¿Qué les digo? Nada puedo probar, Leila. Sería la palabra de Spencer contra la de Brock Sydow. Spencer, confesándose ladrón de

la cartera, acusando al todopoderoso Sydow. Éste es un industrial intachable, Leila. Al frente de una empresa modelo. Sin haber ocasionado jamás incidente alguno con la justicia. Tampoco el tal Nigel Williamson. Lo he investigado esta mañana. Son dos hombres aparentemente honorables. Dedicados por completo al engrandecimiento de la Sydow Company.

—Pero ellos...

—Sí, Leila. Lo sé —interrumpió Wallach—. El tal Williamson está al menos involucrado. ¿En qué? ¿En la desaparición de Cynthia y las otras muchachas? Esas cinco fotografías nada demuestran. Puede incluso haberlas adquirido en un estudio de pruebas fotográficas. Y en cuanto al contenido de la cartera... ¿quién me asegura que no se trata de papeles simplemente comprometedores para el Fisco? Todo puede ser. De ahí que no quiera acudir a la policía. Al menos de momento. Lo único que conseguiría ahora sería una demanda por calumnias.

Leila volvió a parpadear.

Aturdida.

—Tú crees en la culpabilidad de ese Williamson, de Brock Sydow... Les relacionas con la muerte de Gladys Parks.

—Más que eso. Los considero dirigentes de una siniestra y misteriosa organización de trata de blancas, drogas y apuestas ilegales. Si esa cartera compromete a la organización, ahora estarán muy quietos. Sin hacer nada delictivo. Habrán suspendido todo. El tráfico de drogas, el juego... Estarán a la expectativa. En espera de recuperar la cartera.

—¿Qué piensas hacer tú, Barry?

—Actuar en solitario. Por mi cuenta. Obligarles a dar un paso en falso. Comprometerles con el señuelo de la cartera.

—Eso es muy peligroso, Barry.

Wallach sonrió.

—Es el momento. Están nerviosos, Leila. Máxime después de lo ocurrido ayer. Se ha encontrado el cadáver de Nicholas Goidberg. Cuando vigilaba a Spencer. Y el abuelo ha desaparecido. Eso les hará temblar.

—¿Dónde está Spencer?

—En mi apartamento. Le he prohibido salir. Obedecerá. También él está asustado.

—Al igual que yo, Barry. Si esos hombres se dedican a la trata de blancas, mi hermana...

Wallach abarcó entre sus manos el rostro femenino.

Cariñosamente.

—No pierdas la esperanza, Leila.

Los ojos de la muchacha se nublaron. Conteniendo con dificultad las lágrimas.

—Gracias, Barry..., gracias por todo... Me consta que tendrá problemas. El no haber denunciado la muerte de Nicholas Goidberg te ocasionará...

—No me preocupa. Al presentarme como autor del disparo, me acosarían a preguntas. Y ahora quiero libertad total de acción. Esos problemas se olvidarán si les presento a la organización que tanto tiempo lleva el FBI buscando. Ahora debo irme.

—Barry...

—Esta noche pasaré por tu apartamento —dijo Wallach, dirigiendo una animosa sonrisa a la muchacha—. Gracias por la invitación, Leila.

Barry Wallach abandonó el restaurante.

Frente a la puerta del establecimiento estaba situado su auto.

Se acomodó frente al volante. Antes de iniciar la marcha, extrajo de uno de los compartimientos del salpicadero un pequeño envoltorio. Un revólver del treinta y ocho. Un

Smith &

Wesson. Con una goma elástica. Se lo ajustó a la pierna derecha. Bajo la rodilla.

El RG30 calibre veintidós seguía en la funda sobaquera.

El Chevrolet inició la marcha.

El tráfico era intenso. Atravesó gran parte de la ciudad. En dirección a Atherns Boulevard. La zona residencial de moderna construcción. En el paradisíaco Barrio Roswell. Lujosos *bungalows*, amplias aceras ajardinadas, artísticas fuentes luminosas, mínima contaminación...

Un lugar sólo al alcance de los podridos dólares.

Como Brock Sydow.

El 133 de Atherns Boulevard. El *bungalow* de Brock Sydow. De una sola planta. Amplio. Cercado por alto seto que hacía de muralla. La verja de entrada, de doble hoja, abierta. Un asfaltado

sendero serpenteaba hasta la casa bordeando un zarzal de flores silvestres. A la izquierda quedaba un bien cuidado jardín con piscina. También pista de tenis e invernadero.

Brock Sydow se lo había montado por todo lo alto.

Del abierto garaje contiguo al *bungalow* se divisaban dos autos. Un Masseratti «Merak SS» y un lujoso Rolls Royce «Carmargue».

Barry Wallach detuvo el vehículo frente al porche de entrada al *bungalow*. No llegó a descender del Chevrolet. Antes surgió un individuo con uniforme de lacayo. Un individuo de rostro enjuto y largas patillas que sujetó la portezuela del auto.

—¿Qué se le ofrece, señor?

—Busco a Brock Sydow. He telefoneado a la Sydow Company y me informaron que estaba en su domicilio.

—El señor Sydow no recibe en su domicilio —respondió el individuo, secamente—. Le sugiero se persone en la Sydow Company y solicite cita.

Wallach sonrió.

—Sí, me recibirá. Dígale simplemente que tengo la cartera.

El enjuto rostro del sirviente no ocultó una instintiva mueca. Muy significativa para Wallach.

—Espere un momento, ¿señor...?

—Wallach, investigador privado.

El individuo no hizo comentario alguno, aunque sus facciones sí hablaron por él. Con su mirada acababa de sentenciar a Barry Wallach.

CAPÍTULO IX

Barry Wallach fue conducido a un lujoso despacho biblioteca. De severo y regio mobiliario predominando los tonos oscuros. Cuadros de elevada cotización adornaban las paredes. Una alfombra cubría la casi totalidad del suelo.

Tras la mesa escritorio, en confortable sillón, se encontraba Brock Sydow. No estaba solo en el despacho. Otro individuo de elegante vestimenta se situaba a su derecha. Apoyado en una de las esquinas de la amplia y artística mesa.

—No te retires Tucker —dijo Brock Sydow—. Sospecho que la visita del señor Wallach va a ser muy breve.

El sirviente asintió permaneciendo junto a la puerta. Fue Barry Wallach quien avanzó hacia la mesa escritorio. Contemplando alternativamente a los dos individuos. Terminó por posar la mirada en Brock Sydow.

—Se trata de un asunto privado, Sydow. Dudo que resulte de interés para la servidumbre.

—Dudo que sea de interés para mí, Wallach —respondió Sydow, con fingida indiferencia—. ¿Qué historia es esa de una cartera?

—Una cartera que desapareció de su despacho. Está en mi poder.

Brock Sydow arqueó las cejas.

—¿Una cartera? ¿Sabes tú algo de eso, Nigel?

Nigel Williamson se distanció de la mesa. Un par de pasos. Enfrentándose a Wallach. Con un siniestro brillo reflejado en los ojos.

—Ni una palabra, Brock. Creo que el señor Wallach viene con el rumbo equivocado.

Barry Wallach sonrió.

Fue hacia el bar-mostrador que ocupaba uno de los rincones del espacioso despacho. Tomó una botella de *whisky* y un vaso de fino

cristal.

—No estoy tirando un anzuelo, caballeros. Sé el terreno que piso. Yo tengo la cartera que buscan. La que buscaba Nicholas Goidberg.

—¿Goidberg?

—Era uno de nuestros empleados, Brock —informó Williamson—. El que apareció muerto ayer en una sucia callejuela.

—¡Ah, sí! La ciudad es muy peligrosa. Puede llegar la muerte en cualquier momento. A cualquiera de nosotros.

—Yo liquidé a Nicholas Goidberg.

La confesión de Wallach hizo que los dos individuos intercambiaran una rápida mirada.

—Creo que debemos llamar a la policía.

—Eso voy a hacer, Nigel.

—Adelante —sonrió Wallach—. Yo me quedaré sin cien mil dólares, pero ustedes perderán mucho más.

—¿Cien mil dólares? ¿De qué habla ahora?

—En eso valoro la cartera que está buscando, Sydow.

Nigel Williamson rió en burlona carcajada.

—¿Qué contiene? ¿Diamantes?

Barry Wallach bebió un pequeño sorbo. Depositó el vaso en el mostrador acudiendo nuevamente hacia la mesa.

—¿Diamantes? Eso es poco, caballeros. Contiene nombres, rutas, fichas, remesas, cifras... Todo. La distribución de la droga, la trata de blancas, el juego y apuestas clandestinas... Muchos papeles... y cinco fotografías.

Wallach arrojó las fotografías sobre la mesa.

Brock Sydow había palidecido. Sólo Williamson se mantuvo impasible. Únicamente se acentuó el peligro brillo de sus ojos.

—Estas fotografías son unas copias —dijo Wallach—. Las originales siguen en la cartera. No he querido traerlas por temor a un extravío; pero supongo que será suficiente para convencerles que tengo la cartera.

—Tucker...

No fue necesaria ninguna orden.

El sirviente supo interpretar la llamada de Williamson. Avanzó hacia Barry Wallach. Registró los bolsillos despojándole de la billetera que tendió hacia Williamson. Seguidamente le arrebató el

revólver depositado en la funda sobaquera.

—Barry Wallach, investigador privado —leyó Niger Williamson—. Tiene gracia...

—¿Cómo consiguió la cartera, Wallach? —interrogó Sydow.

—Spencer es amigo mío. Se la llevó de su despacho por error. El abuelo quería la cartera con los billetes de mil dólares.

—¡Maldito viejo! ¡Le arrancaré su sucio pellejo a tiras!

Wallach chasqueó la lengua.

—No se lo aconsejo, Sydow. Ya hay demasiados muertos y la policía podía llegar a sospechar que algo extraño ocurre en la Sydow Company. Primero Gladys Parks, ayer Nicholas Goidberg... Los dos empleados en la Sydow Company. Dejemos al abuelo. El ignora el contenido de la cartera. No se molestó en leer los papeles y documentos. Estaba demasiado desilusionado para ello.

—Entregue esa cartera, Wallach.

—Cien mil dólares. Ése es el precio.

Brock Wallach abrió uno de los cajones de la mesa escritorio. Extrajo una pequeña obra de arte. Una Browning *Parabellum* con bellas cachas de marfil.

—Conseguirá algo más valioso, Wallach. La vida. Su vida a cambio de la cartera.

Barry Wallach sonrió a la amenaza.

—No hay trato, Sydow. Llevo una vida asquerosa. No me importa perderla. Con cien mil dólares sería distinta. Y es un buen precio. Una miseria para la Sydow Company.

—¡Te voy a...!

—Un momento, Brock —intervino Williamson—. Podemos llegar a un arreglo. Ciertamente cien mil dólares es una cantidad razonable. De acuerdo, Wallach. Entregue la cartera y recibirá esos cien mil.

Barry Wallach jugueteó con la tabaquera depositada sobre la mesa. Había llegado el momento más delicado. Les había lanzado un farol. Un tiro al azar. Y había resultado certero. La trata de blancas, el tráfico de drogas... Todo resultó cierto. Aquella era la delictiva actividad de la Sydow Company. ¿Qué hacer ahora? ¿Cómo conseguir las pruebas que acabaran con aquella canallesca organización?

—Hay una condición, caballeros.

Nigel Williamson arrebató el revólver al sirviente. Con rapidez. Clavó el cañón del arma bajo la barbilla de Wallach. Con ojos llameantes.

—¿Una condición? Escucha, bastardo... Estoy tentado de volarte la cabeza. No juegues más con tu suerte. Confórmate con los cien mil dólares y conservar el pellejo.

—Si disparas, la cartera será entregada a la policía. Mi condición es insignificante.

—¿De qué se trata?

Barry Wallach apartó con el dedo índice el cañón del revólver. La misma mano fue hacia la mesa extendiendo las fotografías. Tecleó sobre una de ellas.

—Cynthia Golden. Ofrecen diez mil dólares por localizarla.

Brock Sydow parpadeó.

—¿Insinúas...?

—Correcto. Decirme dónde está y yo me gano esa recompensa. Apuesto que la chica no os delatará. Deduzco que la organización trabaja en las sombras. Sin comprometer a los peces gordos.

Sydow comenzó a reír.

En estridente carcajada.

—Eres un tipo curioso... Muy original. Olvida esa recompensa, Wallach. Jamás encontrarás a Cynthia Golden.

—¿Qué quieres decir?

Una mueca endureció las facciones de Williamson.

—Yo te lo diré, Wallach. Así conocerás cómo actuamos nosotros. Recientemente hemos construido una delegación en Bogar City. Una nueva sucursal de la Sydow Company. Un moderno edificio con pesados bloques de cemento. Cynthia Golden forma parte de unos de esos bloques.

Wallach quedó sin habla.

Pálido.

—Las cinco chicas —rió ahora Sydow, palmeando sobre las fotografías—. Las cinco están muertas. Por eso las guardaba en la cartera. Soy un sentimental.

—¿Por qué? —inquirió Barry Wallach casi sin voz—. ¿Por qué matarlas?

—Cosas del negocio —dijo Nigel Williamson, avanzando hacia el mueble-bar—. Reclutamos jovencitas sin familia, sin amistades

íntimas... Chicas cuya desaparición no ocasiona mucho revuelo. Nuestro campo de operación son los ranchos alejados de la civilización y pequeños villorios. Sí, Wallach. Cerca de la frontera con México es una de nuestras mejores zonas. Allí son enviadas las chicas en nuestros camiones de transporte. Son recluidas en caserones convertidos en auténtico burdel. Sin posibilidad de salir ni comunicarse con nadie. Los clientes tampoco quieren oírlos. Se les acabaría la diversión.

Las sonoras carcajadas de Williamson y Sydow fueron coreadas por el lacayo.

Brock Sydow tomó la palabra. Continuando con la narración de su compañero.

—Algunas se muestran muy rebeldes. De nada sirven los castigos y palizas. Intentos de fuga, de suicidio... Muy lamentable. Con Cynthia fue diferente. Nos engañó. Engañó a nuestros encargados de la selección. Ya sabes... Muchas son conquistadas por jóvenes atractivos, otras tentadas con un empleo fabuloso, otras con ser estrellas de cine... Ése fue el caso de Cynthia Golden. Quería triunfar en Hollywood.

—Tenía un cuerpo bonito —comentó Nigel Williamson—; pero jamás hubiera triunfado en el cinema. Ciertamente engañó a nuestro hombre. Le hizo creer que estaba sola. Sin familia. Ése es uno de los requisitos veladamente exigidos por nosotros. Chicas independientes, sin problemas familiares, sin novio... Cynthia nos engañó. Posó desnuda sin prejuicio alguno. Soñando que eran unas pruebas cinematográficas. Grande fue nuestra sorpresa al ver el anuncio en todos los periódicos.

Brock Sydow asintió.

—Muy lamentable. Cynthia Golden estaba en una de nuestras... granjas. Entre San Antonio y Laredo. Casi divisando el Río Grande. Con mucho éxito en sus primeras semanas de forzada... actividad. Es como una cadena, Wallach. Primero llegan clientes importantes. Hacendados, ganaderos, industriales de villorios olvidados de la mano de Dios... Ésos son los primeros. Los que pagan elevadas sumas por una bonita muchacha. Les ofrecemos diversión y ellos no hacen preguntas. También les ofrecemos heroína y otras drogas, junto con el aliciente de unas apuestas clandestinas. Las muchachas van pasando de granja en granja. Al final, los clientes son esos

miserables mexicanos que cruzan clandestinamente la frontera. Sí, Wallach. También ellos. Muchos se dejan toda la paga por estar con una de nuestras chicas. Y también ellos consumen drogas. No heroína, pero cualquier cosa les sirve. Nosotros se la proporcionamos. No tenemos competencia.

Barry Wallach mantenía las mandíbulas fuertemente apretadas. Conteniendo los deseos de abalanzarse sobre aquel par de canallas sin escrúpulos.

Sydow prosiguió con cínica sonrisa.

—Lo dicho, Wallach. Fue muy lamentable, pero apenas ver el anuncio de la Strong Press decidimos desembarazarnos de Cynthia Golden. Con gran pesar. Era una chica que apenas había iniciado el rodaje. Se pensaba sacar mucho jugo de ella; pero se había convertido en un polvorín. Nuestros clientes mantienen la boca cerrada. Necesitan nuestras... granjas. Chicas, drogas, juego... Mantienen la boca cerrada, pero diez mil dólares es una cantidad demasiado tentadora para algunos. Cualquiera de nuestros clientes podía reconocer a Cynthia y denunciarlo para cobrar los diez mil dólares. Fue necesario acabar con ella.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Williamson—. Ya basta de conversación. La cartera, Wallach. Vamos a...

Un panel acoplado en la pared iluminó uno de los mandos a la vez que sonaba un ligero zumbido.

Nigel Williamson se aproximó al ventanal del despacho.

Un Mercury estaba penetrando en el amurallado recinto.

—Llegan los muchachos...

Brock Sydow sonrió.

—Ve a abrirles la puerta, Tucker. Lástima de tiempo perdido. ¿Sabes una cosa, Wallach? Cuando nos informaron de la muerte de Nicholas Goidberg, toda nuestra atención se centró en Spencer Winters. Era lógico. Goidberg le vigilaba y de pronto aparece muerto frente al domicilio del viejo. Y Winters desaparece de su casa. Movilicé a varios hombres para que localizaran a Winters.

Un individuo hizo su entrada en el despacho.

Un individuo joven. Melenudo. De rostro caballuno. Parpadeó perplejo por la presencia de Wallach.

—Hola, Robín —sonrió Brock Sydow—. Puedes hablar. Un fracaso, ¿no?

—Hemos localizado al viejo Winters, señor Sydow.

—¿De veras?

—Haciendo preguntas y más preguntas conocimos de su amistad con un tal Barry Wallach. Y allí encontramos el viejo. En el domicilio de ese Wallach. Un investigador privado.

Brock Sydow se había incorporado del asiento. Con visible excitación.

—¿Y la cartera? ¿Estaba allí la cartera?

Robin Leachman tragó saliva. Consciente de que su respuesta no iba a gustar al todopoderoso Sydow.

—No, señor Wallach. Burt y yo lo registramos todo a conciencia. El viejo Winters jura que arrojó la cartera a las cloacas.

Se hizo un silencio en el despacho.

Sydow y Williamson fijaron su mirada en Barry Wallach.

—¿Qué dices a eso, Wallach? —interrogó Nigel Williamson.

—Winters sólo cumple mis órdenes —respondió Wallach, con una indiferencia que estaba muy lejos de sentir—. Eso de las cloacas lo inventé yo. La cartera está en mi poder. En lugar seguro.

Sonaron unos pasos por el espacioso *hall*.

En dirección al despacho.

—Tenemos con nosotros al viejo —informó Leachman.

—¡Bien hecho, Robin!

Leachman sonrió por la felicitación recibida.

—No estaba solo, señor Sydow. Una muchacha se encontraba con él en el apartamento.

Apareció un segundo melenudo. Junto con el sirviente Tucker. Ambos escoltaban al tembloroso Spencer Winters y a la pálida Leila Golden.

CAPÍTULO X

Barry Wallach también palideció ante la aparición de la muchacha. Fue hacia el mostrador-bar para recuperar el vaso de *whisky*. Necesitaba un trago.

Los ojos de Brock Sydow recorrieron con deliberada insolencia el cuerpo de la joven.

—¡Qué sorpresa! ¿Quién es tu amiguita, Spencer? ¡Preséntanos a tu amiguita!

Winters sonrió forzosamente.

—Bue... buenas tardes, señor Sydow... Disculpe todas las molestias que le estoy ocasionando... Yo... la cartera... yo no...

—¿Quién es la chica, Spencer?

—Su nombre es Leila Golden —intervino Burt McPherson, mesando su melena—. Eso nos dijo. Y así figura en su permiso de conducir. Tenía su auto estacionado en la Penty Avenue.

Williamson y Sydow volvieron a intercambiar una mirada. Y al unísono la desviaron hacia el silencioso Wallach.

—¿Y bien, Wallach? —preguntó Nigel Williamson, pasando el revólver al lacayo—. Esto resulta muy complicado para nosotros. ¿Qué nos dices de Leila Golden?

Barry Wallach vació el vaso de *whisky*.

Se encogió despreocupadamente de hombros.

—Quería conseguir los diez mil dólares de la recompensa. Le hablé de su hermana desaparecida asegurando que tenía una buena pista para poder localizarla.

—Eres muy ambicioso —intervino Sydow, suspicaz—. Con cien mil dólares en perspectiva... ¿los arriesgas por diez mil?

—No era ningún riesgo.

—¿Qué hacía la chica con Winters?

—Lo ignoro. Quedé en telefonarla. Supongo que, al no recibir noticias más, se impacientó y acudió a mi apartamento.

Brock Sydown fue bordeando lentamente la mesa escritorio. Se aproximó a Leila. Sus ojos volvieron a recorrer lujuriosos el cuerpo femenino. Una desagradable sonrisa asomó al rostro del individuo.

—Eres muy bonita, Leila... Casi más que tu hermanita.

—¿Dónde está? —preguntó Leila, angustiada—. ¿Qué ha sido de Cynthia?

El movimiento de Sydown fue rápido e inesperado. Su zurda propinó un violento trallazo al rostro de Leila. El hilillo de sangre que brotó de la comisura de los labios femeninos hizo sonreír placenteramente a Sydown.

—Yo hago las preguntas, nena. ¿Cuáles son tus tratos con Wallach?

Leila respondió de inmediato. Atemorizada. Con nublados ojos.

—He... he contratado sus servicios. Se presentó en mi apartamento asegurando que podía localizar a mi hermana.

—¿Por qué has acudido al apartamento de Wallach?

—Estaba..., estaba impaciente por carecer de noticias y...

Brock Sydown sonrió a la vez que denegaba con un movimiento de cabeza.

—No te creo, nena. No creo una sola palabra de toda esta historia.

—¡Tampoco yo, maldita sea! —exclamó Williamson, furioso—. ¡La cartera, Winters! ¡Queremos la cartera!

El anciano retrocedió aparatosamente ante el avance del individuo.

—Ya... ya... ya no la tengo... La arrojé a las alcantarillas... a una de las cloacas de Glen Road... ¡Lo juro!

—Olvida ya eso, abuelo —dijo Wallach—. Ya saben la verdad. Ya les he dicho que la cartera está en mi poder.

Winters bizqueó.

—¿La tienes tú? ¿Has buceado en las cloacas?

Barry Wallach forzó una sonrisa mientras que interiormente maldecía al anciano.

—No sigas fingiendo, abuelo. Ya te he dicho que...

—La cartera, Wallach —interrumpió Williamson, secamente—. La cartera y recibirás los cien mil dólares.

—Dejar marchar a la chica y al abuelo.

—¿Dejar marchar...? ¿Has oído eso, Nigel? —rió Sydown—.

Nuestro amigo Wallach es una caja de sorpresas. ¡Ya basta de juegos, Wallach! Robin y Brut te acompañarán. Retira la cartera y vuelve aquí. Recibes tus cien mil y todos contentos.

Barry Wallach chasqueó la lengua.

—No daré un pasó si la chica y el abuelo quedan aquí.

Sydow empuqueñeció los ojos. Eclipsando el siniestro brillo que había surgido en ellos.

—Empiezo a comprender... Ya me percaté de tu palidez al ver aparecer a la chica. ¿Qué te ocurre, Wallach? ¿Te has enamorado de ella?

Barry Wallach no respondió.

Y aquel silencio acentuó la sonrisa en Sydow.

Se aproximó a Leila.

—No te culpo, Wallach. Es algo fuera de serie... También a mí me gusta. Tiene un cuerpo tentador...

Brock Sydow había deslizado su diestra por los senos femeninos.

Y Barry Wallach saltó. Sin importarle la amenaza del revólver empuñado por Tucker. Éste no disparó, pero sí actuaron Leachman y McPherson.

Cortándole el paso hacia Sydow. Le inmovilizaron aferrándole por los brazos.

—¿Sucedre algo, Wallach? —sonrió Brock Sydow—. ¿La quieres para ti? Bien... Tal vez ceda a tus deseos. Te doy una hora de plazo para que entregues la cartera.

—Soltar a la chica y al abuelo. Entonces os entregaré la cartera. Sin ninguna otra exigencia.

Sydow había acorralado a la muchacha contra uno de los muebles del despacho. Su diestra estaba ahora desabotonando la blusa de Leila. Lentamente. Los ojos del individuo destellaban lascivos.

—Estás perdiendo tiempo del plazo, Wallach. Si dentro de una hora no regresas con la cartera, no respondo de lo que pueda ocurrir a tu chica. ¡Y yo soy muy violento!

La aparente calma de Brock Sydow desapareció al rasgar bruscamente la blusa. Descubriendo los senos femeninos. El grito de Leila fue ahogado al recibir dos brutales bofetadas.

Barry Wallach proyectó su codo derecho hacia atrás. Golpeando el estómago de Robín Leachman. Librando así su brazo derecho. Lo

utilizó seguidamente para descargar el puño contra el rostro de Burt McPherson.

Y se dirigió hacia Sydown.

Con el rostro desencajado por la ira. Pensando en Cynthia, Sandra, Jennifer... En todas las infortunadas muchachas de las granjas controladas por Sydown.

No llegó a tocar a Brock Sydown.

Un golpe en la nuca le hizo vacilar y caer. Quedó a cuatro manos. Aturdido.

Tucker, que le había golpeado con el cañón del revólver, proyectó ahora su pierna derecha. Al estómago de Wallach. Haciéndole rodar por el suelo. Aparatosamente.

Barry Wallach quedó junto a la mesa escritorio. Semiencorvado. Aullando de dolor.

Sydown desvió los lujuriosos ojos de los senos femeninos. Fijó la mirada en Wallach. Burlonamente.

—Me has desilusionado, Wallach. Te comportas de una forma muy...

—¡Cuidado! —alertó súbitamente Williamson—. ¡Tiene un arma!

Wallach, todavía encogido, había llevado su diestra hacia el tobillo derecho. Tirando de la goma elástica que sujetaba el Smith & Wesson.

—¡Al suelo! —gritó Wallach—. ¡Al suelo, Leila!

La muchacha obedeció tras unos instantes de estupor. El aviso no fue necesario para Spencer Winters. Ya se había arrojado de cabeza tras uno de los sillones.

Tucker era el único que tenía el revólver en la mano.

Y Barry Wallach disparó sobre él.

El proyectil alcanzó de lleno en la cabeza del sirviente. La hizo oscilar con violencia a la vez que la impulsaba hacia atrás. Tucker fue proyectado contra la pared. Rebotó cayendo de bruces. Desde aquel momento, prestaría sus servicios en el infierno.

Wallach gateó parapetándose tras la mesa escritorio. Pegado al suelo, bajo la tabla, volvió a disparar.

Ahora sobre Robin Leachman. Éste había sacado una Luger del costado izquierdo. También Nigel Williamson se había precipitado

hacia el mueble biblioteca. Abriendo una de las vitrinas.

Wallach disparó.

Al unísono con Leachman.

La bala cegó momentáneamente a Wallach. Incrustándose en la alfombra. A pocas pulgadas del rostro de Wallach. Éste sí resultó certero.

El proyectil golpeó en el pecho de Robín Leachman. A la altura del corazón. El melenudo desorbitó los ojos. Incrédulo. Incapaz de asimilar que estaba a un paso del Más Allá.

Nigel Williamson había dado con el arma oculta. Una automática. Giró aferrando la pistola con ambas manos.

Barry Wallach le permitió hacer todo aquello. Estaba ya apuntando a la espalda de Williamson. Con el cañón del Smith &

Wesson humeante, pero esperó.

Esperó a que Williamson girara.

Y en aquella fugaz espera volvió a pensar en Cynthia, Jennifer, Sandra... En las muchachas vilmente explotadas.

Williamson pudo así enfrentarse a la muerte.

El

Smith &

Wesson vomitó fuego.

La cabeza de Niger Williamson golpeó contra el mueble. Un negruzco orificio en la frente. Casi entre ceja y ceja.

Barry Wallach no pudo recrearse con la caída del individuo. Un lacerante dolor le hizo gemir. Burt McPherson le había golpeado en la diestra con un pesado candelabro. Obligándole a soltar el revólver, que de inmediato fue atrapado por el melenudo.

Brock Sydow también corrió hacia la mesa para apoderarse de su artística pistola. La excitación le hacía temblar convulsivo. Con el rostro congestionado por la ira.

—Hijo de perra..., maldito hijo de perra —masculó encañonando a Wallach—. Te voy a...

—Dispara —respondió Barry Wallach, despectivo—. Termina de una vez.

—Antes me entregarás la cartera —la voz de Sydow temblaba de furia—. Voy a arrancarte los ojos... la chica... el viejo... todos sufriréis las... las...

El crepitar de los disparos había hecho que el zumbido del panel pasara desapercibido. Nadie se percató de la llegada de los dos vehículos frente al *bungalow*. Ni de los precipitados pasos hacia el despacho.

Penetraron cuatro individuos.

Dos más se asomaron por el ventanal.

Tres de los individuos que habían hecho su aparición en el despacho, uniformados y con sus reglamentarias armas en la mano.

El cuarto individuo iba de paisano.

Wallach le reconoció.

Era Wilford Connors, inspector del FBI.

Barry Wallach exhaló una bocanada de humo.

Sonrió.

—Es..., como un cuento de hadas.

El inspector Connors correspondió a la sonrisa.

—Cierto, Barry. Casi imposible de creer. Durante años llovieron las protestas por el alcantarillado de Glen Road. Por el hedor de la cloaca allí centrada. Y hoy, la mano del destino quiere que una orden burocrática se cumpla. Dos poceros acuden a limpiar la alcantarilla de Glen Road. Encuentran una cartera. Enganchada en la escalera de descenso a la alcantarilla. Fue entregada a un agente de policía.

—Imagino el resto.

Wilford Connors acentuó la sonrisa.

—No podía creerlo. Aquello era como un regalo de navidad. Allí estaba todo. Todo lo que el FBI había estado persiguiendo durante años. La Sydow Company... Ciertamente resultaba difícil de creer.

—También ha sido un milagro que llegaras a tiempo.

—Has hecho mal en no acudir a nosotros, Barry.

—No tenía prueba alguna contra ellos.

—Se hubiera investigado —respondió el inspector, con severo tono en la voz—. Has hecho mal, Barry. Máxime después de haber silenciado que mataste a Nicholas Goidberg; pero todo queda olvidado.

Alguien carraspeó en el despacho.

Connors desvió la mirada.

Spencer Winters estaba en una silla. En uno de los rincones de la

estancia. Con la cabeza inclinada y entrelazando nerviosamente las manos.

—También lo tuyo, Spencer —rió ahora Wilford Connors—. No vamos a acusarte de robar una cartera del despacho de Brock Sydow. Lo tuyo ha sido un pecado sin importancia.

—Gracias, inspector..., muchas gracias —el rostro del anciano se iluminó—. Le juro que no volveré a hacerlo... ¡Jamás! ¡No volveré a tocar una cartera que...!

—Está bien, está bien... Ya no os necesito a ninguno de los dos —dijo el inspector—. Al menos de momento. Id a dormir. Pronto amanecerá. Ha sido una noche muy larga y agitada.

Wallach se incorporó.

—¿Han confesado?

—¿Confesar? —Las facciones del hombre del FBI se endurecieron—. Por supuesto que han confesado, aunque en esa cartera hay material suficiente para mantenerles alejados de la sociedad de por vida. A Brock Sydow y a todos los miserables de su siniestra organización. Acusan al difunto Nigel Williamson del asesinato de Gladys Park. Poco importa. Hay otros muchos crímenes más. Pagarán por todos ellos.

Los niños jugaban alrededor de la fuente. Los ecos de sus risas llegaban hasta el banco ocupado por Barry Wallach y Leila. Un frondoso árbol extendía sus ramas proporcionando confortable sombra.

—Ya lo tengo, Barry.

—¿El qué?

Leila abrió su bolso de mano. Extrajo un cheque bancario. A nombre de Barry Wallach. Por valor de diez mil dólares.

Wallach estaba encendiendo un cigarrillo. Mantuvo la llama del encendedor. Aplicándola al cheque por unos de sus extremos. Sostuvo el papel por la esquina opuesta hasta convertirlo en cenizas.

Se reflejó en los ojos de Leila.

Unas lágrimas bailaban en aquellos verdes ojos.

—Barry...

—Ni una palabra, Leila. No he cumplido mi cometido. He fracasado. Cynthia no está aquí. No volverá jamás. No quiero esos diez mil dólares.

—Esos diez mil dólares eran por conocer el paradero de...

Leila no pudo seguir hablando.

Sus labios habían sido retenidos por Wallach. En suave beso. Continuó besando el rostro femenino. Las mejillas, la frente, los ojos...

—Oh, Barry...

—No llores, Leila..., no quiero que llores...

—Ayúdame, Barry... Quédate conmigo. No me dejes sola.

—¿Dejarte? —sonrió Wallach, volviendo a besar los gordezuelos labios de la joven—. Me he enamorado de ti, Leila. Desde el primer momento. De ti y de tu maravilloso apartamento. Te resultará muy difícil librarte de mí.

En los ojos de Leila nació un nuevo brillo. También sus labios sonrieron.

—Ahí llega Spencer... De ése también va a resultar difícil libramos, Leila.

—Me resulta simpático. Se portó muy bien conmigo cuando tuve la mala ocurrencia de ir a tu apartamento a buscarte.

—Te arrepentirás de haberle invitado a almorzar —sonrió Wallach—. Más que comer, devora.

Spencer Winters agitó su mano derecha mientras incrementaba sus cortas zancadas.

—¡Eh, muchachos! ¡Ya estoy aquí!

Wallach y Leila se incorporaron acudiendo al encuentro del anciano.

—Buenos días, Spencer.

—Hola, hija. Yo pago el aperitivo. ¡Hoy es un gran día!

—¿Qué ocurre, abuelo? —preguntó Wallach.

El anciano rió cascadamente.

—El reloj. El reloj made in Hong Kong. Se lo he vendido a Salkow. ¡Por veinte dólares! Ya voy reduciendo mi deuda con él.

—Quiero entregarte cinco mil dólares, Spencer.

Winters respingó contemplando perplejo a la muchacha.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Pues... se puede decir que gracias a ti, todos esos canallas van a pagar sus crímenes. Tú eres el verdadero héroe. Aquí tengo...

—No, hija. No quiero esos cinco mil dólares.

—¿Tampoco tú? Oye, Spencer...

—¡No! Siempre he estado sin un centavo. Con lo justo. Y así he sido feliz. No quiero complicarme la vida. Ya he escarmentado. ¡Vamos a almorzar!, te aseguro que dejarás bastante dinero en el restaurante.

Los tres rieron alegremente.

Se alejaron por el Cantón Park.

Tras ellos continuaban las risas y gritos infantiles. Eran como un canto a la esperanza. A la vida. Indicativo de que existía otro mundo. De que no todo era maldad en la jungla de asfalto.

FIN



9 788402 025135

01715



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

